

SEMINARI DE LECTURA
GRAMSCI I LA UNITAT POPULAR

1ª sessió.

La revolució rusa, la crisi italiana, la crisi del partit socialista i la construcció del partit comunista. Fins el congrés de Livorno (1917-1921)

1ª sessió.

La revolució rusa, la crisi italiana, la crisi del partit socialista i la construcció del partit comunista. Fins el congrés de Livorno (1917-1921)

Index de textos. En negreta, els textos obligatoris. En lletra rodona, els complementaris

Títol	Pag.
Notes sobre la revolució rusa (Il Grido del popolo, 29 d'abril de 1917)	1
Els maximalistes russos (Il Grido del popolo, 28 de juliol de 1917).	4
La revolució contra "El Capital" (5 de gener de 1918)	**6**
Utopia (Avanti, 25 juliol, 1918	**11**
Democràcia obrera (L'Ordine Nuovo, 21 de juny de 1919)	**16**
La conquesta de l'Estat (L'Ordine Nuovo, 12 de juliol de 1919)	21
El partido y la revolución (L'Ordine Nuovo, 27 de desembre de 1919)	28
Por una renovación del partido socialista (L'Ordine Nuovo, 8 maig 1920)	34
El programa de l'Ordine Nuovo. (L'Ordine Nuovo, 14 y 18 d'agost de 1920)	**42**
Los partidos y la masa (L'Ordine Nuovo diario, 25 de setembre de 1921)	**50**

Nota:
Total planes lectura obligatòria: 28
Total planes lectura complementària: 24 faré breus introduccions al textos no llegits.

1.- **Notas sobre la revolución rusa.** (Il Grido del popolo, 29 d'abril de 1917)

¿Por qué la Revolución rusa es una revolución proletaria?

Al leer los periódicos, al leer el conjunto de noticias que la censura ha permitido publicar, no se entiende fácilmente. Sabemos que la revolución ha sido hecha por proletarios (obreros y soldados), sabemos que existe un comité de delegados obreros que controla la actuación de los organismos administrativos que ha sido necesario mantener para los asuntos corrientes. Pero ¿basta que una revolución haya sido hecha por proletarios para que se trate de una revolución proletaria? La guerra la hacen también los proletarios, lo que, sin embargo, no la convierte en un hecho proletario. Para que sea así es necesario que intervengan otros factores, factores de carácter espiritual. Es necesario que el hecho revolucionario demuestre ser, además de fenómeno de poder, fenómeno de costumbres, hecho moral. Los periódicos burgueses han insistido sobre el fenómeno de poder; nos han dicho que el poder de la autocracia ha sido sustituido por otro poder, aún no bien definido y que ellos esperan sea el poder burgués. E inmediatamente han establecido el paralelo: Revolución rusa, Revolución francesa, encontrando que los hecho se parecen. Pero lo que se parece es sólo la superficie de los hechos, así como un acto de violencia se asemeja a otro del mismo tipo y una destrucción es semejante a otra.

No obstante, nosotros estamos convencidos de que la Revolución rusa es, además de un hecho, un acto proletario y que debe desembocar naturalmente en el régimen socialista. Las noticias realmente concretas, sustanciales, son escasas para permitir una demostración exhaustiva. Pero existen ciertos elementos que nos permiten llegar a esa conclusión.

La Revolución rusa ha ignorado el jacobinismo. La revolución ha tenido que derribar a la autocracia; no ha tenido que conquistar la mayoría con la violencia. El jacobinismo es fenómeno puramente burgués; caracteriza a la revolución burguesa de Francia. La burguesía, cuando hizo la revolución, no tenía un programa universal; servía intereses particulares, los de su clase, y los servía con la mentalidad cerrada y mezquina de cuantos siguen fines particulares. El hecho violento de las revoluciones burguesas es doblemente violento: destruye el viejo orden, impone el nuevo orden. La burguesía impone su fuerza y sus ideas no sólo a la casta anteriormente dominante, sino también al pueblo al que se dispone a dominar. Es un régimen autoritario que sustituye a otro régimen autoritario.

La Revolución rusa ha destruido al autoritarismo y lo ha sustituido por el sufragio universal, extendiéndolo también a las mujeres. Ha sustituido el autoritarismo por la libertad; la Constitución por la voz libre de la conciencia universal. ¿Por qué los revolucionarios rusos no son jacobinos, es decir, por qué no han sustituido la dictadura de uno solo por la dictadura de una minoría audaz y decidida a todo con tal de hacer triunfar su programa? Porque persiguen un ideal que no puede ser el de unos pocos, porque están seguros de que cuando interroguen al proletariado, la respuesta es indudable, está en la conciencia de todos y se transformará en decisión irrevocable apenas pueda expresarse en un ambiente de libertad espiritual absoluta, sin que el sufragio se vea adulterado por la intervención de la policía, la amenaza de la horca o el exilio. El proletariado industrial está preparado para el cambio incluso culturalmente; el proletariado agrícola, que conoce las formas tradicionales del comunismo comunal, está igualmente preparado para el paso a una nueva forma de sociedad. Los revolucionarios socialistas no pueden ser jacobinos; en Rusia tienen en la actualidad la única tarea de

controlar que los organismos burgueses (la Duma, los Zemtsvo) no hagan jacobinismo para deformar la respuesta del sufragio universal y servirse del hecho violento para sus intereses.

Los periódicos burgueses no han dado ninguna importancia a este otro hecho: los revolucionarios rusos han abierto las cárceles no sólo a los presos políticos, sino también a los condenados por delitos comunes. En una de las cárceles, los reclusos comunes, ante el anuncio de que eran libres, contestaron que no se sentían con derecho a aceptar la libertad porque debían expiar sus culpas. En Odesa, se reunieron en el patio de la cárcel y voluntariamente juraron que se volverían honestos y vivirían de su trabajo. Esta noticia es más importante para los fines de la revolución que la de la expulsión del Zar y los grandes duques. El Zar habría sido expulsado incluso por los burgueses, mientras que para éstos los presos comunes habían sido siempre adversarios de su orden, los pérfidos enemigos de su riqueza, de su tranquilidad. Su liberación tiene para nosotros este significado: la revolución ha creado en Rusia una nueva forma de ser. No sólo ha sustituido poder por poder; ha sustituido hábitos por hábitos, ha creado una nueva atmósfera moral, ha instaurado la libertad del espíritu además de la corporal. Los revolucionarios no han temido poner en la calle a hombres marcados por la justicia burguesa con el sello infame de lo juzgado a priori, catalogados por la ciencia burguesa en diversos tipos de la criminalidad y la delincuencia. Sólo en una apasionada atmósfera social, cuando las costumbres y la mentalidad predominante han cambiado, puede suceder algo semejante. La libertad hace libres a los hombres, ensancha el horizonte moral, hace del peor malhechor bajo el régimen autoritario un mártir del deber, un héroe de la honestidad. Dicen en un periódico que en cierta prisión estos malhechores han rechazado la libertad y se han constituido en sus guardianes. ¿Por qué no sucedió esto antes? ¿Por qué las cárceles estaban rodeadas de murallas y las ventanas enrejadas? Quienes fueron a ponerles en libertad debían ser muy distintos de los jueces, de los tribunales y de los guardianes de las cárceles, y los malhechores debieron escuchar palabras muy distintas a las habituales cuando en sus conciencias se produjo tal transformación que se sintieron tan libres como para preferir la segregación a la libertad, como para imponerse voluntariamente una expiación. Debieron sentir que el mundo había cambiado, que también ellos, la escoria de la sociedad, se había transformado en algo, que también ellos, los segregados, tenían voluntad de opción.

Este es el fenómeno más grandioso que la iniciativa del hombre haya producido. El delincuente se ha transformado, en la revolución rusa, en el hombre que Emmanuel Kant, el teórico de la moral absoluta, había anunciado, el hombre que dice: la inmensidad del cielo fuera de mí, el imperativo de mi conciencia dentro de mí. Es la liberación de los espíritus, es la instauración de una nueva conciencia moral lo que nos es revelado por estas pequeñas noticias. Es el advenimiento de un orden nuevo, que coincide con cuanto nuestros maestros nos habían enseñado. Una vez más la luz viene del Oriente e irradia al viejo mundo Occidental, el cual, asombrado, no sabe más que oponerle las banales y tontas bromas de sus plumíferos.

Los maximalistas rusos son la misma revolución rusa.

Kerenski, Tseretelli, Chernov son el estancamiento de la revolución, son los realizadores de un primer equilibrio social, la resultante de fuerzas en las que los moderados tienen mucha importancia todavía. Los maximalistas son la continuidad de la revolución, son el ritmo de la revolución: por eso son la revolución misma.

Ellos encarnan la idea límite del socialismo: quieren *todo* el socialismo. Y tienen esta tarea: impedir que se llegue a un compromiso definitivo entre el pasado milenario y la idea, es decir seguir siendo el símbolo viviente de la meta última a la que se debe tender; impedir que el problema inmediato del qué hacer hoy se dilate hasta ocupar toda la conciencia y se convierta en la única preocupación, en frenesí espasmódico que levanta rejas insuperables para ulteriores posibilidades de realización.

Este es el mayor peligro de todas las revoluciones: el formarse una convicción de que un momento determinado de la vida nueva sea definitivo y que hay que detenerse para mirar hacia atrás, para consolidar lo hecho, para gozar finalmente del éxito propio. Para descansar. Una crisis revolucionaria agota rápidamente a los hombres. Cansa rápidamente. Y se comprende un estado de ánimo semejante. Rusia sin embargo, tuvo esta suerte: ha ignorado el jacobinismo. Por tanto, fue posible la propaganda fulminante de todas las ideas, y a través de esta propaganda se formaron numerosos grupos políticos, cada uno de los cuales es más audaz y no quiere detenerse, cada uno de los cuales cree que el momento definitivo que hay que alcanzar está más allá, está todavía lejano. Los maximalistas, los extremistas, son el último anillo lógico de este devenir revolucionario. Por ello se continúa en la lucha, se va adelante porque siempre hay cuando menos un grupo que quiere ir adelante, que trabaja en la masa, que suscita siempre nuevas energías proletarias y que organiza nuevas fuerzas sociales que amenazan a los cansados, que los controlan, y que se demuestran capaces de sustituirlos, de eliminarlos si no se renuevan, si no se enderezan para seguir adelante. Así la revolución no se detiene, no cierra su ciclo. Devora a sus hombres, sustituye a un grupo con otro más audaz y por esta inestabilidad, por esta perfección jamás alcanzada es verdadera y solamente revolución.

Los maximalistas son los enemigos de los flojos en Rusia. Son el aguijón de los perezosos: han derrumbado hasta ahora todos los intentos de contenimiento del torrente revolucionario, han impedido la formación de pantanos estancadores, de muertes por desgaste. Por eso son odiados por las burguesías occidentales, por eso los periódicos de Italia, Francia y de Inglaterra los difaman, intentan desacreditarlos, sofocarlos bajo un alud de calumnias. Las burguesías occidentales esperaban que al enorme esfuerzo de pensamiento y de acción que costó el nacimiento de la nueva vida siguiese una crisis de pereza mental, un repliegue de la dinámica actividad de los revolucionarios que fuese el principio de un asentamiento definitivo del nuevo estado de cosas.

Pero en Rusia no hay jacobinos. El grupo de los socialistas moderados, que tuvo el poder en sus manos, no destruyó, no intentó sofocar en sangre a los vanguardistas. Lenin en la revolución socialista, no ha tenido el destino de Babeuf. Ha podido convertir su pensamiento en fuerza operante en la historia. Ha suscitado energías que ya no morirán. Él y sus compañeros bolcheviques están persuadidos que es posible realizar el socialismo en cualquier momento. Están nutridos de pensamiento marxista. Son revolucionarios, no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega que el tiempo sea factor de progreso. Niega que todas las experiencias intermedias entre la concepción del socialismo y su realización deban tener una comprobación absoluta e integral en el tiempo y en el espacio. Basta que estas experiencias se den en el pensamiento para que sean superadas y se pueda proseguir adelante. En cambio es necesario sacudir las conciencias, conquistarlas. Y Lenin con sus compañeros ha sacudido las conciencias y las ha conquistado. Su persuasión no se quedó sólo en audacia del pensamiento: se encarnó en individuos, en muchos individuos, resultó fructuosa en obras. Creó ese grupo que era necesario para oponerse a los compromisos definitivos, a todo lo que pudiese convertirse en definitivo. Y la revolución continúa. Toda la vida se ha hecho verdaderamente revolucionaria; es una actividad siempre actual, es un continuo cambio, una excavación continua en el bloque amorfo del pueblo. Nuevas energías son suscitadas, nuevas ideas-fuerzas propagadas. De esta manera, los hombres, todos los hombres son finalmente los artífices de su destino. Es imposible que se formen minorías despóticas. El control es siempre vivo y eficaz. Ahora ya hay un fermento que descompone y recompone los agregados sociales sin reposo, y que impide que la vida se adapte al éxito momentáneo.

Lenin y sus compañeros más conocidos pueden ser arrollados en el desencadenamiento de los huracanes que ellos mismos suscitaron, pero no desaparecerán todos sus seguidores, ya son demasiado numerosos. El incendio revolucionario se propaga, quema corazones y cerebros nuevos, hace brasas ardientes de luz nueva, de nuevas llamas, devoradoras de perezas y de cansancios. La

revolución prosigue, hasta su completa realización. Todavía está lejano el tiempo en que será posible un reposo relativo. Y la vida es siempre revolución.

(*Il Grido del Popolo*, 28 de julio de 1917.)

LA REVOLUCION CONTRA "EL CAPITAL"

La revolución de los bolcheviques se ha embonado definitivamente en la revolución general del pueblo ruso. Los maximalistas, que habían sido hasta hace dos meses el fermento necesario para que los acontecimientos no se estancaran, para que no se detuviera la carrera hacia el futuro, dando lugar a una forma definitiva de asentamiento —que hubiera sido un asentamiento burgués—, se apoderaron del poder, establecieron su dictadura, y están elaborando las formas socialistas a las que la revolución deberá adaptarse finalmente para seguir desarrollándose armónicamente, sin choques demasiado grandes, partiendo de las grandes conquistas realizadas hasta ahora.

La revolución de los bolcheviques está sustanciada de ideologías más que de hechos. (Por eso en el fondo, poco nos importa saber más de lo que ya sabemos.) Es la revolución contra "El Capital" de Carlos Marx. El Capital de Marx era en Rusia, el libro de los burgueses, más que de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes que el proletariado ni siquiera pudiese pensar en su levantamiento, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado a las ideologías. Los hechos hicieron estallar los esquemas crí-

ticos dentro de los que la historia de Rusia debería haberse desenvuelto según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx y con los testimonios de la acción realizada, de las conquistas logradas, afirman que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se podría pensar, e incluso se pensó.

Y sin embargo, aún en estos acontecimientos hay una fatalidad: si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones del Capital, no reniegan del pensamiento inmanente, vivificador. Ellos no son "marxistas", ahí está la clave; no han compilado una doctrina exterior sobre las obras del Maestro, con afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que no muere jamás, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas. Y este pensamiento pone siempre como máximo factor de la historia, no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, sino la sociedad de los hombres, de los hombres que se juntan entre ellos, que se entienden entre ellos, desarrollan al través de estos contactos (civilización) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, y los juzgan y los adaptan a su voluntad, hasta que ésta se convierta en la fuerza motriz de la economía, la plasmadora de la realidad objetiva, que vive y se mueve y adquiere carácter de materia telúrica en ebullición, que puede ser encausada por donde y como le plazca a la voluntad.

Marx previó lo previsible. No podía preveer la guerra europea, o lo que es más no podía preveer que esta guerra hubiera tenido la duración y los efectos que ha tenido. No podía preveer que esta guerra, con tres años de sufrimientos indecibles, de miserias indecibles, hubiera suscitado en Rusia la voluntad colectiva popular que ha suscitado. Una voluntad semejante, "normalmente" tiene necesidad para formarse, de infiltraciones capilares, de una larga serie de experiencias de clase. Los hombres son perezosos, tienen necesidad de organizarse, primero exteriormente, en corporaciones, en ligas, luego íntimamente, en

el pensamiento, en las voluntades... (texto censurado) de una incesante continuidad y multiplicidad de estímulos exteriores. Esta es la razón por la que "normalmente", los cánones de crítica histórica marxista aprehenden la realidad, la retienen y la hacen evidente y distinta. "Normalmente", es al través de la lucha de clases, siempre más intensificada, que las dos clases del mundo capitalista crean la historia. El proletariado siente su miseria actual, está continuamente en estado de disgusto y presiona sobre la burguesía para mejorar sus propias condiciones. Lucha, obliga a la burguesía a mejorar la técnica de la producción, a hacer más útil la producción para que sea posible la satisfacción de sus necesidades más urgentes. Es una carrera afanosa hacia la mejoría, que acelera el ritmo de la producción, que da continuo incremento a la suma de los bienes que servirán a la colectividad. Y en esta carrera muchos caen, y hacen más urgente el deseo de los que quedan y la masa está siempre en vigilia, y de caos-pueblo se convierte cada vez más en orden del pensamiento, en conciente de la propia potencia, de la propia capacidad para asumir la responsabilidad social, y convertirse en árbitro de sus propios destinos.

Esto normalmente. Cuando los hechos se repiten con un cierto ritmo. Cuando la historia se desarrolla a momentos siempre más complejos y ricos de significado y de valor, pero también iguales. Ahora bien, en Rusia la guerra sirvió para sacudir las voluntades, que al través de los sufrimientos acumulados durante tres años se expresaron muy rápidamente, al unísono. La carestía era inminente, el hambre, la muerte por hambre podía suceder a todos, aplastar de un golpe a decenas de millones de hombres. Las voluntades se pusieron en consonancia mecánicamente primero y activa, espiritualmente, después de la primera revolución.

La predicación socialista puso al pueblo ruso en contacto con las experiencias de los otros proletariados. La predicación socialista hace vivir dramáticamente en un instante la historia del proletariado, sus luchas contra el capitalis-

mo, la larga serie de esfuerzos que debe hacer para emanciparse idealmente de los vínculos del servilismo que lo hacían abyecto, para convertirse en conciencia nueva, testimonio actual de un mundo por venir. La predicación socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso. ¿Por qué debería esperar ese pueblo que la historia de Inglaterra se repita en Rusia, que se forme en Rusia una burguesía, que la lucha de clases sea suscitada para que nazca la conciencia de clase y sobrevenga finalmente la catástrofe del mundo capitalista? El pueblo ruso pasó a través de estas experiencias con el pensamiento, y lo que es más, con el pensamiento de una minoría. Ha superado estas experiencias. Se sirve de ellas para reafirmarse ahora, como se servirá de las experiencias capitalistas occidentales para colocarse en un breve tiempo a la altura de la producción del mundo occidental. La América del Norte es un país capitalista más avanzado que Inglaterra porque en América del Norte los anglosajones comenzaron de un golpe del estadío a donde había llegado Inglaterra después de una larga evolución. El proletariado ruso, con educación socialista, comenzará su historia del estadío máximo de producción al que ha llegado la Inglaterra de hoy, porque debiendo comenzar, lo hará a partir de lo perfecto alcanzado en otras partes, y de esto recibirá el impulso para lograr esa madurez económica que según Marx es condición necesaria del colectivismo. Los revolucionarios crearán ellos mismos las condiciones necesarias para la realización completa y plena de su ideal. Las crearán en menos tiempo de cuanto hubiera empleado el capitalismo. Las críticas que los socialistas han hecho al sistema burgués, para poner en evidencia las imperfecciones, las dispersiones de riqueza, servirán a los revolucionarios para actuar mejor, para evitar dichas dispersiones, para no caer en esas deficiencias. Al principio será el colectivismo de la miseria y del sufrimiento. Pero las mismas condiciones de miseria y de sufrimiento hubieran sido heredadas por un régimen burgués. El capitalismo no podría hacer "inmediatamente" en Rusia más de cuanto podrá hacer el colectivismo. Haría

hoy mucho menos porque tendría "inmediatamente" en contra un proletariado descontento, frenético, incapaz ya de soportar por más años los dolores y las amarguras que el descontento económico traería consigo. Aún desde un punto de vista absoluto, humano, el socialismo inmediato en Rusia tiene su justificación. El sufrimiento que vendrá detrás de la paz sólo podrá ser soportado en cuanto que los proletarios sentirán que depende de su voluntad, de su tenacidad para el trabajo el suprimirlo en el menor tiempo posible.

Se tiene la impresión de que los maximalistas fueron en este momento la expresión espontánea, "biológicamente necesaria"; para que la humanidad rusa no caiga en el desmoronamiento más horrible, para que la humanidad rusa, absorbiéndose en el trabajo gigantesco, autónomo, de la propia regeneración, pueda sentir menor los estímulos del lobo hambriento y Rusia no se convierta en un matadero enorme de bestias que se destruyen unas a otras.

(El Grito del Pueblo, 5 de Enero de 1918, ya publicado censurado en ¡Avanti! de Milán el 24 de noviembre de 1917.)

UTOPIA

[25-VII-1918; A; S.G. 280-287]

Las constituciones políticas están en necesaria dependencia respecto de la estructura económica, de las formas de producción y cambio. Con el simple enunciado de esa fórmula creen muchos tener resuelto todo problema político e histórico, poder impartir lecciones a diestra y siniestra, poder juzgar sin más los acontecimientos y llegar, por ejemplo, a la conclusión siguiente: Lenin es un utópico, los infelices proletarios rusos viven en plena ilusión óptica, les espera implacablemente un despertar terrible.

La verdad es que no existen dos constituciones políticas iguales entre sí, del mismo modo que no existen dos estructuras económicas iguales. La verdad es que la fórmula en cuestión no es en modo alguno seca expresión de una ley natural que salte a la vista. Entre la premisa (estructura económica) y la consecuencia (constitución política) hay relaciones nada simples ni directas, y la historia de un pueblo no se documenta sólo con los hechos económicos. Los nudos causales son complejos y enredados, y para desatarlos hace falta el estudio profundo y amplio de todas las actividades espirituales y prácticas, y ese estudio no es posible sino después de que los acontecimientos se hayan sedimentado en una continuidad, es decir, mucho tiempo después de que ocurran los hechos. El estudioso puede afirmar con seguridad que una constitución determinada no se impondrá victoriosamente (no durará permanentemente) si no se adhiere de modo indisoluble e intrínseco a una estructura económica determinada, pero su afirmación no tiene más valor que el que tienen los indicios genéricos: ¿cómo podría saber, en efecto, mientras se desarrollan los hechos, cuál es el modo preciso según el cual se asentará aquella dependencia? Las incógnitas son más numerosas que los hechos conocidos y controlables, y cualquiera de esas incógnitas es capaz de derribar una inducción aventurada. La historia no es un cálculo matemático: no existe en ella un sistema métrico decimal, una numeración progresiva de cantidades iguales que permita las cuatro operaciones, las ecuaciones y la extracción de raíces. La cantidad (estructura económica) se convierte en ella en cualidad porque se hace instrumento de acción en manos de los hombres, de los hombres, que no valen sólo por el peso, la estatura y la energía mecánica desarrollable por los músculos y los nervios, sino que valen especialmente en cuanto son espíritu, en cuanto sufren, comprenden, gozan, quieren o niegan. En una revolución proletaria la incógnita "humanidad" es más oscura que en cualquier otro acontecimiento. Nunca se ha estudiado, y acaso era imposible estudiarla, la espiritualidad difusa del proletariado ruso, igual que la de los demás proletariados en general. El éxito o el fracaso de la revolución podrá darnos un documento importante acerca de su capacidad de crear historia; por ahora, lo único que puede hacerse es esperar.

El que no espera, sino que quiere formular enseguida un juicio definitivo, se propone otros fines: fines políticos actuales, fines que conseguir entre los hombres a los cuales se dirige su propaganda. Afirmar que Lenin es un utopista no es un hecho de cultura, no es un juicio histórico: es un acto político actual. Afirmar, tan secamente, que las constituciones políticas, etc., no es un hecho de doctrina, es el intento de suscitar una mentalidad determinada para que la acción se oriente de un modo determinado y no de otro.

Ningún acto deja de tener resultados en la vida, y el creer en una teoría, y no en otra, tiene en la acción reflejos particulares: también el error deja huellas, porque, divulgado y aceptado, puede *retrasar* (no impedir) la consecución de un fin.

Y eso prueba que lo que determina directamente la acción política no es la estructura económica, sino la interpretación que se dé de ésta y de las llamadas leyes que rigen su desarrollo. Esas leyes no tienen nada en común con las leyes naturales, aunque tampoco las leyes naturales son datos de hecho objetivos, sino sólo construcciones del pensamiento, esquemas útiles prácticamente por comodidad de estudio y de enseñanza.

Los acontecimientos no dependen del arbitrio de un individuo, ni tampoco del de un grupo, aunque sea numeroso: dependen de las voluntades de muchos, las cuales se manifiestan por el hecho de hacer o no hacer ciertas cosas y por las actitudes espirituales correspondientes, y dependen de la conciencia que tenga una minoría de esa voluntad, y de la capacidad de orientarlas más o menos hacia una finalidad común, tras haberlas encuadrado en los poderes del Estado.

¿Por qué la mayoría de los individuos realiza sólo determinados actos? Porque los individuos no tienen más objetivo social que la conservación de su propia integridad fisiológica y moral: por eso se adaptan a las circunstancias, repiten mecánicamente algunos gestos que, por experiencia propia o por la educación recibida (resultado de la experiencia ajena), han resultado adecuados para conseguir el fin deseado: poder vivir. Este parecido de los actos de la mayoría produce también una analogía de efectos, da a la actividad económica cierta estructura: así nace el concepto de ley. Sólo la persecución de una finalidad superior corroe esa adaptación al ambiente: si el objetivo humano no es ya el puro vivir, sino un vivir cualificado, se realizan esfuerzos mayores y, según la difusión de ese objetivo humano superior, se consigue transformar el ambiente, se instauran jerarquías nuevas, distintas de las existentes para regular las relaciones entre los individuos y el Estado, tendientes a ponerse permanentemente en el lugar de ésas para realizar ampliamente el fin humano superior.

El que entienda esas seudo-leyes como algo absoluto, ajeno a las voluntades singulares, y no como una adaptación psicológica al ambiente, debida a la debilidad de los individuos (a su falta de organización y, por tanto, a la incertidumbre acerca del futuro), no podrá imaginar que la psicología sea capaz de cambio y que la debilidad pueda transformarse en fuerza. Y, sin embargo, eso es lo que ocurre, y entonces se quiebra la ley, la seudo-ley. Los individuos salen de su soledad y se asocian. Pero, ¿cómo procede ese proceso asociativo? Tampoco es posible entenderlo corrientemente, sino según el inadecuado esquema de la ley absoluta, de la normalidad, y entonces, cuando, por lentitud del ingenio o a causa del prejuicio, la ley no salta en seguida a la vista, se juzga y decreta: utopistas, utopistas.

Lenin es, pues, un utopista, el proletariado ruso, desde el día de la Revolución bolchevique hasta hoy, vive en plena utopía, y hay un despertar terrible que le espera inexorablemente.

Si se aplican a la historia rusa los esquemas abstractos, genéricos, constituidos para poder interpretar los momentos del desarrollo normal de la actividad económica y política del mundo occidental, la ilación tiene que ser por fuerza la descrita. Pero todo fenómeno histórico es "individuo"; el desarrollo se rige por el ritmo de la libertad; la investigación no debe serlo de la necesidad genérica, sino de la necesidad particular. El proceso de causación debe estudiarse de un modo intrínseco a los acontecimientos rusos, no desde un punto de vista genérico y abstracto.

Indudablemente hay en los acontecimientos de Rusia una relación de necesidad, y de necesidad capitalista: la guerra ha sido la condición económica, el sistema de vida práctica que ha determinado el nuevo Estado, que ha dado necesariamente sustancia a la

dictadura del proletariado: la guerra que *la atrasada Rusia ha tenido que realizar en las mismas formas que los Estados capitalistas más adelantados*.

En la Rusia patriarcal no podían producirse esas concentraciones de individuos que se producen en un país industrializado y que son la condición de que los proletarios se conozcan entre ellos, se organicen y tomen conciencia de su propia fuerza de clase que puede orientarse a la consecución de un objetivo humano universal. Un país de agricultura intensiva [11- presumible lapsus por 'extensiva'] aísla a los individuos, hace imposible una conciencia uniforme y difusa, imposibilita las unidades sociales proletarias, la conciencia concreta de clase que da la medida de las propias fuerzas y la voluntad de instaurar un régimen permanentemente legitimado por esa fuerza.

La guerra es la concentración máxima de la actividad económica en las manos de pocos (los dirigentes del Estado), y le corresponde la concentración máxima de los individuos en los cuarteles y en las trincheras. Rusia en guerra era realmente el país de Utopía: con unos hombres de la época de las invasiones bárbaras, el Estado ha creído que iba a poder llevar a cabo una guerra de técnica, de organización, de resistencia espiritual, actividad sólo posible para una humanidad cohesionada cerebral y físicamente por el taller y la máquina. La guerra era la utopía, y la Rusia zarista y patriarcal se ha desintegrado al quedar sometida a la altísima tensión de los esfuerzos que se había impuesto y que le había impuesto el eficaz enemigo. Pero las condiciones artificialmente suscitadas por la inmensa potencia del Estado despótico han producido las consecuencias necesarias: las grandes masas de individuos socialmente solitarios, una vez concentradas en un reducido espacio geográfico, han desarrollado sentimientos nuevos, han desarrollado una solidaridad humana inaudita. Cuanto más débiles se sentían antes, en el aislamiento, y cuanto más se doblegaban al despotismo, tanto más grande fue la revelación de la fuerza colectiva existente, tanto más poderoso y tenaz el deseo de conservarla y de construir sobre ella la sociedad nueva.

La disciplina despótica se evaporó: empezó un período de caos. Los individuos intentaban organizarse, pero ¿cómo? ¿Y cómo conservar la unidad humana que se había creado en el sufrimiento?

El filisteo levanta entonces la mano y contesta: la burguesía tenía que reintroducir orden en el caos, porque siempre ha sido así, porque a la economía patriarcal y feudal sucede siempre la economía burguesa y la Constitución política burguesa. El filisteo no ve salvación fuera de los esquemas preestablecidos, no concibe la historia sino como un organismo natural que atraviesa momentos de desarrollo fijos y previsibles. Si siembras una bellota, puedes estar seguro de que no nacerá más que un brote de encina, el cual crece lentamente y no da frutos hasta pasados muchos años. Pero ni la historia es una tierna encina ni bellotas los hombres.

¿Dónde estaba en Rusia la burguesía capaz de realizar esa tarea? Y si su dominio es una ley natural, ¿cómo es que esa ley natural no ha funcionado?

Esa burguesía no se ha visto: pocos fueron los burgueses que intentaron imponerse, y, además, se les barrió. ¿Debían vencer, debían imponerse aunque fueran pocos, incapaces y débiles? ¿Pero con qué santo aceite los habían ungido a esos infelices para que tuvieran que triunfar incluso perdiendo? ¿Es que el materialismo histórico no va a ser más que una reencarnación del legitimismo, de la doctrina del derecho divino?

El que considera a Lenin utopista, el que afirma que el intento de la dictadura del proletariado en Rusia es un intento utópico, no puede ser un socialista consciente, porque no ha construido su cultura estudiando la doctrina del materialismo histórico: es un católico, hundido en el Syllabus. El es el único y auténtico utopista.

Pues la utopía consiste en no conseguir entender la historia como desarrollo libre, en ver el futuro como un sólido ya perfilado, en creer en planes preestablecidos. La utopía es el filisteísmo, tal como lo ridiculizó Enrique Heine: los reformistas son los filisteos y los utopistas del socialismo, igual que los proteccionistas y los nacionalistas son los filisteos y los utopistas de la burguesía capitalista. Enrique von Treitschke es el representante máximo del filisteísmo alemán (y los estatólatras alemanes son sus hijos espirituales), igual que Augusto Comte e Hipólito Taine representan el filisteísmo francés y Vicenzo Goberti el italiano. Son los que predican las misiones históricas nacionales, o creen en las vocaciones individuales; son todos los que hipotecan el futuro y creen encarcelarlo en sus esquemas preestablecidos, los que no son capaces de concebir la divina libertad y gimen continuamente ante el pasado porque los acontecimientos se desarrollaron *mal*.

No conciben la historia como desarrollo libre --de energías libres, que nacen y se integran libremente-- distinto de la evolución natural, igual que los hombres y las asociaciones humanas son distintos de las moléculas y de los agregados de moléculas. No han aprendido que la libertad es la fuerza inmanente de la historia, que destruye todo esquema preestablecido. Los filisteos del socialismo han reducido la doctrina socialista a la bayeta del pensamiento, la han ensuciado y se vuelven furiosos contra los que, en su opinión, no la respetan.

En Rusia la libre afirmación de las energías individuales y asociadas ha aplastado los obstáculos de las palabras y los planes preestablecidos. La burguesía ha intentado imponer su dominio y ha fracasado. El proletariado ha asumido la dirección de la vida política y económica y realiza su orden. Su orden, no el socialismo, porque el socialismo no se impone con un *fíat* mágico: el socialismo es un desarrollo, una evolución, de momentos sociales cada vez más ricos en valores colectivos. El proletariado realiza su orden constituyendo instituciones políticas que garanticen la libertad de ese desarrollo, que aseguren la permanencia de su poder.

La dictadura es la institución fundamental que garantiza la libertad, que impide los golpes de mano de las minorías facciosas. Es garantía de libertad porque no es un método que haya que perpetuar, sino que permite crear y consolidar los organismos permanentes en los cuales se disolverá la dictadura después de haber cumplido su misión.

Después de la revolución, Rusia seguía sin ser libre, porque no existían garantías de la libertad, porque la libertad no se había organizado todavía.

El problema consistía en suscitar una jerarquía, pero abierta, que no pudiera cristalizar en un orden de casta y de clase.

De la masa y el número había que pasar al uno, de tal modo que existiera una unidad social, que la autoridad fuera sólo autoridad espiritual.

Los núcleos vivos de esa jerarquía son los Soviet y los partidos populares. Los Soviet son la organización primordial que hay que integrar y desarrollar, y los bolcheviques se convierten en partido de gobierno porque sostienen que los poderes del Estado tienen que depender de los Soviet y ser controlados por ellos.

El caos ruso se reorganiza alrededor de esos elementos de orden: empieza el orden nuevo [12] . Se constituye una jerarquía: de la masa desorganizada y en sufrimiento se pasa a los obreros y a los campesinos organizados, a los Soviet, al partido bolchevique y a un hombre: Lenin. Esa es la gradación jerárquica del prestigio y de la confianza, que se ha formado espontáneamente y se mantiene por elección libre.

12 'Orden nuevo', *Ordine nuovo*, es expresión de las más características del pensamiento de Gramsci, particularmente en este período. Será nombre del semanario por él dirigido, en 1919-1920, del diario oficial del P.C.d'I. (desde enero de 1921) y de la revista quincenal dirigida por Gramsci desde Viena posteriormente.

¿Dónde está la utopía de esa espontaneidad? Utopía es la autoridad, no la espontaneidad, y es utopía en cuanto se convierte en carrerismo, en cuanto que se transforma en casta y cree ser eterna: la libertad no es utopía, porque es aspiración primordial, porque toda la historia de los hombres es lucha y trabajo por suscitar instituciones sociales que garanticen el máximo de libertad.

Una vez formada, esa jerarquía desarrolla su lógica propia. Los Soviet y el partido bolchevique no son organismos cerrados: se integran continuamente. He ahí el dominio de la libertad, he ahí las garantías de la libertad. No son castas, son organismos en desarrollo constante. Representan la progresión de la conciencia, representan la organizabilidad de la sociedad rusa.

Todos los trabajadores pueden formar parte de los Soviet, todos los trabajadores pueden influir para modificarlos y conseguir que sean más expresivos de sus voluntades y de sus deseos. La vida política rusa se orienta de tal modo que tiende a coincidir con la vida moral, con el espíritu universal de la humanidad rusa. Se produce un intercambio continuo entre esas fases jerárquicas: un individuo sin formar se afina en la discusión para la elección de su representante en el Soviet, y él mismo puede ser ese representante; él controla esos organismos porque siempre los tiene a la vista, junto a él en un mismo territorio. Así cobra sentido de la responsabilidad social, se convierte en ciudadano activo en la decisión de los destinos de su país. Y el poder y la conciencia se extienden por medio de esa jerarquía desde el individuo hasta la muchedumbre, y la sociedad es como nunca se presentó en la historia.

Tal es el ímpetu vital [13- 'slancio vitale' (= 'élan vital', Bergson)] de la nueva historia rusa. ¿Qué hay en ello de utópico? ¿Dónde está el plan preestablecido cuya realización se hubiera decidido incluso contra las condiciones de la economía y de la política? La Revolución rusa es el dominio de la libertad: la organización se funda por espontaneidad, no por el arbitrio de un "héroe" que se impusiera por la violencia. Es una elevación humana continua y sistemática, que sigue una jerarquía, la cual crea en cada caso los organismos necesarios para la nueva vida social.

Pero entonces ¿no es el socialismo?... No, no es el socialismo en el groserísimo sentido que dan a la palabra los filisteos constructores de proyectos mastodónticos [14]; es la sociedad humana que se desarrolla bajo el control del proletariado. Cuando éste se haya organizado en su mayoría, la vida social será más rica en contenido socialista que ahora, y el proceso de socialización Irá intensificándose y perfeccionándose constantemente. Porque el socialismo no se instaura en fecha fija, sino que es un cambio continuo, un desarrollo infinito en régimen de libertad organizada y controlada por la mayoría de los ciudadanos, o sea, por el proletariado.

14- Alusión al "proyecto socialista" preparado por la dirección del P.S.I. para hacer frente a la presión del ala comunista del partido, que presentaba el modelo bolchevique. Como curiosidad puede recordarse que el encargado de redactar el proyecto fue Bombacci, luego miembro de la fracción comunista, posteriormente expulsado del P.C.d'I. y, finalmente, colaborador con el fascismo.

Extraído de:

http://www.gramsci.org.ar

DEMOCRACIA OBRERA

Un problema urgente se impone hoy a todo socialista que sienta vivo el sentimiento de la responsabilidad histórica que incumbe a la clase trabajadora y al Partido que representa la conciencia crítica y operante de su misión.

¿Cómo dominar las inmensas fuerzas sociales que la guerra desencadenó? ¿Cómo disciplinarlas y darles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse normalmente, de integrarse continuamente, hasta convertirse en el esqueleto del Estado socialista en el que se encarnará la dictadura del proletariado? ¿Cómo soldar el presente y el futuro, satisfaciendo las necesidades urgentes del presente y trabajando útilmente para crear y "anticipar" el futuro?

Este escrito quiere ser un estímulo a pensar y a obrar; quiere ser una invitación a los mejores y a los más concientes de los obreros para que reflexionen y, cada uno en la esfera de la propia competencia y de la propia acción, colaboren a la solución del problema, haciendo converger sobre sus términos la atención de los compañeros y de las asociaciones. Sólo a través de un trabajo común y solidario de clarificación, de persuasión y de educación recíproca nacerá la acción concreta de construcción.

El Estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase traba-

jadora explotada. Ligar estas instituciones entre ellas, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlas fuertemente, si bien respetando las necesarias autonomías y articulaciones, significa crear ya desde ahora una verdadera democracia obrera, en contraposición eficiente y activa con el Estado Burgués, preparada ya desde ahora a sustituir al Estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional.

Hoy el movimiento obrero está dirigido por el Partido socialista y por la Confederación del Trabajo; pero por lo que respecta a la gran masa trabajadora, el ejercicio del poder social del Partido y de la Confederación se efectúa indirectamente, por la fuerza del prestigio y del entusiasmo, por presión autoritaria y hasta por inercia. La esfera de prestigio del Partido se amplía diariamente, alcanza capas populares hasta ahora inexploradas, suscita consenso y deseo de trabajar provechosamente para el advenimiento del comunismo en grupos e individuos ausentes hasta ahora de la lucha política. Es necesario dar una forma y una disciplina permanente a estas energías desordenadas y caóticas, absorberlas, componerlas y potenciarlas, hacer de la clase proletaria y semiproletaria una sociedad que se eduque, que haga una experiencia, que adquiera un conocimiento responsable de los deberes que incumben a las clases llegadas al poder del Estado.

El Partido socialista y los sindicatos profesionales no pueden absorber a toda la clase trabajadora sino al través de un trabajo de años y de decenas de años. Ellos no se identificarán inmediatamente con el Estado proletario; en efecto en las Repúblicas comunistas siguen subsistiendo independientemente del Estado, como instituciones de propulsión (el Partido) o de control y de realización parcial (los sindicatos). El Partido debe seguir siendo el órgano de educación comunista, la hoguera de la fe, el depositario de la doctrina, el poder supremo que armoniza y conduce a la meta las fuerzas organizadas y disciplinadas de la clase obrera y campesina. Precisamente para desarrollar

rígidamente este oficio suyo, el Partido no puede abrir de par en par sus puertas a la invasión de nuevos miembros, deshabituados al ejercicio de la responsabilidad y de la disciplina.

Pero la vida social de la clase trabajadora es rica en instituciones, se articula en múltiples actividades. Precisamente es necesario desarrollar y organizar globalmente estas instituciones y actividades, ligándolas en un sistema vasto y ágilmente articulado que absorba y discipline a la entera clase trabajadora.

La fábrica con sus comisiones internas, los círculos socialistas, las comunidades campesinas, son centros de vida proletaria en los cuales es necesario trabajar directamente.

Las comisiones internas son órganos de democracia obrera a los que es necesario librar de las limitaciones que les imponen los empresarios y a los que se necesita infundir nueva vida y energía. Hoy, las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y desenvuelven funciones de arbitrio y disciplina. Desarrolladas y enriquecidas, deberán ser mañana los órganos del poder proletario que sustituya al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y de administración.

Ya desde ahora los obreros deberían proceder a la elección de vastas asambleas de delegados, escogidos entre los mejores y más concientes de los compañeros, bajo la consigna: "Todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica", coordinada con la otra: "Todo el poder del Estado a los Consejos obreros y campesinos."

De esta manera se abriría un vasto campo de propaganda concreta revolucionaria para los comunistas organizados en el Partido y en los círculos de barrio. Los círculos, de acuerdo con las secciones urbanas, deberían hacer un censo de las fuerzas obreras de la zona, y convertirse en la sede del consejo de barrio de los delegados de la fábrica, el músculo que anude y centre todas las energías proletarias del barrio. Los sistemas electorales podrían variar según la grandeza de las fábricas; sin embargo se debería intentar que se elija un delegado por cada quince obreros, divididos

por categoría (como se hace en las fábricas inglesas), llegando por medio de elecciones graduales a un comité de delegados de fábrica que incluya representantes de todo el conjunto del trabajo (obreros, empleados, técnicos). En el comité de barrio debería tenderse a incorporar delegados también de otras categorías de trabajadores que vivan en el barrio: meseros, choferes, tranviarios, ferrocarrileros, empleados municipales, empleados privados, agentes de ventas, etc.

El comité de barrio debería ser emanación de *toda la clase trabajadora* que habite en el barrio, emanación legítima y autorizada, capaz de hacer respetar una disciplina, investida del poder que le ha sido espontáneamente delegado, y capaz de ordenar la paralización inmediata e íntegra de cualquier trabajo en todo el barrio.

Los comités de barrio se engrandecerían formando comisariados urbanos, controlados y disciplinados por el Partido Socialista y por las federaciones del trabajo. (En el sentido de oficio, profesión o categoría. N. del T.)

Un sistema tal de democracia obrera (integrado con organizaciones equivalentes de campesinos) daría una forma y una disciplina permanente a las masas, sería una magnífica escuela de experiencia política y administrativa, encuadraría a las masas hasta el último hombre, habituándolas a la tenacidad y a la perseverancia, habituándolas a considerarse como un ejército en campaña que tiene necesidad de una firme cohesión si no quiere ser destruido y reducido a la esclavitud.

Cada fábrica constituiría uno o más regimientos de este ejército, con sus caporales, con sus servicios de coordinación, con su oficialidad, con su estado mayor, con poderes delegados por libre elección, no impuestos autoritariamente. Al través de los mítines en el interior de la fábrica y con la obra incesante de propaganda y de persuasión desarrollada por los elementos más concientes, se obtendrá una transformación radical de la psicología obrera, se convertiría a la masa en mejor preparada y capaz para el ejercicio del poder, se difundiría una conciencia de los deberes

y de los derechos del compañero y del trabajador, justa y eficiente porque ha sido generada espontáneamente por la experiencia viva e histórica.

Ya lo hemos dicho: estos apuntes rápidos se proponen tan sólo estimular el pensamiento y la acción. Cada aspecto del problema merecería un vasto y profundo tratamiento, aclaraciones, integraciones subsidiarias y coordinadas. Pero la solución concreta e integral de vida socialista sólo puede ser dada por la práctica comunista: la discusión en común, que modifica las conciencias unificándolas y colmándolas de entusiasmo activador. Decir la verdad, llegar juntos a la verdad es realizar acción comunista y revolucionaria. La fórmula "dictadura del proletariado" debe dejar de ser sólo una fórmula, una ocasión para desahogar fraseología revolucionaria. Quien quiere al fin, debe querer también los medios. La dictadura del proletariado es la instauración de un nuevo Estado, típicamente proletario, en el cual confluyen las experiencias institucionales de la clase oprimida, en el cual la vida social de la clase obrera y campesina se convierte en sistema difuso y fuertemente organizado. Este Estado no se improvisa: los comunistas bolcheviques rusos trabajaron durante ocho meses en difundir y hacer concreta la consigna: todo el poder a los Soviets, y los Soviets eran ya conocidos por los obreros rusos desde 1905. Los comunistas italianos deben asorar la experiencia rusa y economizar tiempo y trabajo: la obra de reconstrucción exigirá tanto tiempo y tanto trabajo, que cada día y cada acto debería poderle ser destinado.

(21 de junio de 1919 "L'Ordine Nuovo", escrito por Gramsci en colaboración con Palmiro Togliatti.)

LA CONQUISTA DEL ESTADO

La concentración capitalista, determinada por el modo de producción, produce una concentración de masas humanas trabajadoras. En este hecho es donde hay que buscar el origen de todas las tesis revolucionarias del marxismo, donde hay que buscar las condiciones de las nuevas costumbres proletarias, del nuevo orden comunista destinado a sustituir las costumbres burguesas, al desorden capitalista generado por la libre competencia y por la lucha de clases.

En la esfera de la actividad general capitalista, también el trabajador actúa en el nivel de la libre competencia, es un individuo-ciudadano. Pero al mismo tiempo, las condiciones de inicio de la lucha no son iguales para todos: la existencia de la propiedad privada coloca a la minoría social en condiciones de privilegio, hace la lucha desigual. El trabajador está expuesto continuamente a los riesgos más terribles: su vida elemental misma, su cultura, la vida y el porvenir de su familia están expuestos a bruscos contragolpes del mercado de trabajo. El trabajador intenta entonces salir de la competencia y del individualismo. El principio de asociación y solidaridad se convierte en esencial para la clase trabajadora, cambia la psicología y las costumbres de los obreros y los campesinos. Surgen instituciones y órganos en los que este principio se encarna; sobre la

base de ellos se inicia el proceso de desarrollo histórico que conduce al comunismo de los medios de producción y de intercambio.

El asociacionismo puede y debe ser considerado como el hecho esencial de la revolución proletaria. En dependencia con esta tendencia histórica surgieron y se desarrollaron en el período precedente al actual, (que podemos llamar de la I y II Internacional o período de reclutamiento), los partidos socialistas y los sindicatos profesionales.

Sin embargo el desarrollo de estas instituciones proletarias y de todo el movimiento proletario en general no fue autónomo, no obedecía a leyes propias inmanentes en la vida y en la experiencia histórica de la clase trabajadora explotada. Las leyes de la historia eran dictadas por la clase propietaria organizada en el Estado. El Estado ha sido siempre el protagonista de la historia, porque en sus órganos se concentra la potencia de la clase propietaria, en el Estado la clase propietaria se disciplina y arregla su unidad, por encima de las diferencias y de los estirones de la competencia, para mantener intacta la condición de privilegio en la fase suprema de la competencia misma: la lucha de clase por el poder, por la preeminencia en la dirección y en el sometimiento de la sociedad.

En este período el movimiento proletario fue tan sólo una función de la libre competencia capitalista. Las instituciones proletarias tuvieron que asumir una forma, no por ley interna, sino por ley externa, bajo la presión formidable de acontecimientos y de coerciones derivados de la competencia capitalista. En eso tienen su origen los conflictos, las desviaciones, las vacilaciones y los compromisos que caracterizan todo el período de vida del movimiento proletario precedente al actual, y que culminaron en la bancarrota de la II Internacional.

Algunas corrientes del movimiento socialista y proletario habían colocado como el hecho esencial para la revolución, la organización obrera por oficios y sobre ésta basaban su propaganda y su acción.

Por un momento pareció que el movimiento sindicalista

era el verdadero intérprete del marxismo, el verdadero intérprete de la realidad.

El error del sindicalismo consiste en esto: en asumir como un hecho permanente, como la forma perenne del asociacionismo, el sindicato industrial en la forma y con las funciones actuales, que son impuestas y no propuestas, y que por tanto no pueden tener una línea constante y previsible de desarrollo. El sindicalismo, que se presentó como iniciador de una tradición libertaria "espontaneísta", ha sido en verdad uno de tantos camuflajes del espíritu jacobino y abstracto.

De ahí los errores de la corriente sindicalista, que no logró substituir al Partido Socialista en la tarea de educar para la revolución a la clase trabajadora. Los obreros y los campesinos sentían que durante todo el período en el que la clase propietaria y el Estado democrático-parlamentario dictan las leyes de la historia, todo intento de evasión de la esfera de estas leyes es inútil y ridículo. Es cierto que en la configuración general asumida por la sociedad con la producción industrial, todo hombre puede participar activamente en la vida y modificar el ambiente, sólo en cuanto actúa como individuo-ciudadano, miembro del Estado democrático-parlamentario. La experiencia liberal no ha sido vana y no puede ser superada sino después de haberse hecho. El apoliticismo de los apolíticos fue tan sólo una degeneración de la política: negar y combatir al Estado es un hecho político tanto como el integrarse en la actividad general histórica que se unifica en el Parlamento y en los municipios, instituciones populares del Estado.

Lo que varía es la calidad del hecho político: los sindicalistas trabajaban fuera de la realidad y por tanto su política era fundamentalmente equivocada; los socialistas parlamentaristas trabajaban en el interior de las cosas, podían equivocarse (es más, cometieron muchos y graves errores), pero no se equivocaron en el sentido de su acción y por ello triunfaron en la "competencia"; las grandes masas, las que con su intervención modifican objetivamente las relaciones sociales, se organizaron alrededor del Parti-

do Socialista. No obstante todos los errores y las limitaciones, el Partido logró, en última instancia su misión: convertir en algo al proletario que antes era nada, darle una conciencia, dar al movimiento de liberación un sentido recto y vertical que correspondía, en líneas generales, al proceso de desarrollo histórico de la sociedad humana.

El error más grande del movimiento socialista ha sido de naturaleza semejante al de los sindicalistas. Participando en la actividad general de la sociedad humana en el Estado, los socialistas olvidaron que su posición debía mantenerse esencialmente de crítica, de antítesis. Se dejaron absorber por la realidad, no la dominaron.

Los comunistas marxistas deben caracterizarse por una psicología que podemos llamar "mayéutica". Su acción no es de abandono al curso de los acontecimientos determinados por las leyes de la competencia burguesa, sino de una expectación crítica. La historia es un hacerse continuo, y por tanto esencialmente imprevisible. Pero esto no significa que "todo" sea imprevisible dentro del hacerse de la historia, es decir, que la historia sea dominio del arbitrio y el capricho irresponsable. La historia es al mismo tiempo libertad y necesidad. Las instituciones, en cuyo desarrollo y en cuya actividad la historia se encarna, surgieron y se mantienen porque tienen una tarea y una misión por realizar. Surgieron y se desarrollaron determinadas condiciones objetivas de producción de los bienes materiales y de conciencia espiritual de los hombres. Si estas condiciones objetivas, que por su naturaleza mecánica son medibles casi matemáticamente, cambian, cambia también la suma de relaciones que regula e informa a la sociedad humana; cambia el grado de conciencia de los hombres; la configuración social se transforma, las instituciones tradicionales se empobrecen, son inadecuadas para su tarea, se convierten en estorbosas y peligrosas. Si la inteligencia fuese incapaz de tomar un ritmo y de establecer un proceso dentro del hacerse de la historia, la vida de la civilización sería imposible: el genio político se reconoce precisamente por esta capacidad de adueñarse del mayor número posi-

ble de términos concretos necesarios y suficientes para fijar un proceso de desarrollo y por la capacidad de anticipar el futuro próximo y remoto, y sobre la línea de esta intuición, disponer la actividad de un Estado, arriesgar la fortuna de un pueblo. En este sentido, Carlos Marx ha sido por mucho, el más grande de los genios políticos contemporáneos.

Los socialistas han aceptado, a menudo tontamente, la realidad histórica producto de la iniciativa capitalista; han caído en el error de psicología de los economistas liberales: creer en la perpetuidad de las instituciones del Estado democrático, en su fundamental perfección. Según ellos la forma de las instituciones democráticas puede ser corregida, retocada aquí y allá, pero debe ser fundamentalmente respetada. Un ejemplo de esta psicología estrechamente vanidosa nos lo da el juicio de Felipe Turati, según el cual, el parlamento es al Soviet lo que la ciudad a la horda bárbara.

La fórmula actual para "la conquista del Estado" nace de esta concepción equivocada del devenir histórico, de la práctica añosa del compromiso y de una táctica "cretinamente" parlamentarista.

Nosotros estamos persuadidos, después de las experiencias revolucionarias en Rusia, Hungría y Alemania, que el Estado socialista no puede encarnarse en las instituciones del Estado capitalista, sino que es una creación fundamentalmente nueva respecto a ellas, si bien no respecto a la historia del proletariado. Las instituciones del Estado capitalista están organizadas para los fines de la libre competencia: no basta cambiar el personal para dirigir su actividad en otra dirección. El Estado socialista no es todavía el comunismo, es decir la instauración de una práctica y de unas costumbres económicas solidarias, sino es el Estado de transición que tiene la tarea de suprimir la competencia con la supresión de la propiedad privada, de las clases, de las economías nacionales: esta tarea no puede ser realizada por la democracia parlamentaria. La fórmula "conquista del Estado" debe ser entendida en este sentido:

creación de un nuevo tipo de Estado, generado por la experiencia asociativa de la clase proletaria, y sustitución con el del Estado democrático-parlamentario.

Y aquí regresamos al punto de partida. Habíamos dicho que las instituciones del movimiento socialista y proletario del período precedente al actual, no se desarrollaron autónomamente, sino como resultado de la configuración general de la sociedad humana dominada por las leyes soberanas del capitalismo. La guerra ha vuelto de cabeza la situación estratégica de la lucha de clases. Los capitalistas perdieron la preeminencia; su libertad se ve limitada; su poder anulado. La concentración capitalista llegó al máximo desarrollo que le era consentido, realizando el monopolio mundial de la producción y de los intercambios. La concentración correspondiente de las masas trabajadoras ha dado una potencia inaudita a la clase proletaria revolucionaria.

Las instituciones tradicionales del movimiento se han vuelto incapaces de contener tanto resurgir de vida revolucionaria. Su misma forma es inadecuada para el sometimiento de las fuerzas integradas en el proceso histórico conciente. Dichas fuerzas no han muerto. Nacidas como función de la libre competencia, deben continuar subsistiendo hasta la supresión de todo resíduo de competencia, hasta la completa supresión de las clases y de los partidos, hasta la fusión de las dictaduras proletarias nacionales en la Internacional comunista. Pero junto a ellas deben surgir y desarrollarse instituciones de tipo nuevo, de tipo estatal, que precisamente substituirán a las instituciones privadas y públicas del Estado democrático parlamentario. Instituciones que substituyan la persona del capitalista en las funciones administrativas y en el poder industrial, y realicen la autonomía del productor en la fábrica; instituciones capaces de asumir el poder directivo de todas las funciones inherentes al complejo sistema de relaciones de producción y de intercambio que ligan los departamentos de una fábrica entre sí, constituyendo la unidad económica elemental, que ligan las varias actividades de la industria

agrícola, que en planos horizontales y verticales deben constituir el armonioso edificio de la economía nacional e internacional, liberado de la tiranía engorrosa y parasitaria de los propietarios privados.

Jamás el empuje y el entusiasmo revolucionario han sido más fervientes en el proletariado de Europa occidental. Pero nos parece que a la conciencia lúcida y exacta del fin no se acompaña una conciencia igual de lúcida y exacta de los medios idóneos, en el momento actual, para el logro del fin mismo. En las masas se ha enraizado ya la convicción de que el Estado proletario está encarnado en un sistema de Consejos de obreros, campesinos y soldados. Todavía no se ha formado una concepción táctica que asegure objetivamente la creación de este Estado. Es necesario por tanto crear desde ahora una red de instituciones proletarias, enraizadas en la conciencia de las grandes masas, seguras de la disciplina y de la fidelidad permanente de las grandes masas, y en las cuales la clase de los obreros y de los campesinos, en su totalidad, asuma una forma rica de dinamismo y de posibilidades de desarrollo. Es cierto que si hoy, en las condiciones actuales de organización proletaria, se verificara un movimiento de masas con carácter revolucionario, los resultados se consolidarían en una pura corrección formal del Estado democrático, se resolverían en un aumento de poder de la Cámara de diputados (a través de una asamblea constituyente) y en la subida al poder de los socialistas intrigantes y anticomunistas. La experiencia alemana y austríaca debe enseñar alguna cosa. Las fuerzas del Estado democrático y de la clase capitalista son todavía inmensas: no hay que disimularse que el capitalista se rige especialmente por obra de sus sicarios y de sus lacayos y semejante ralea no ha desaparecido ciertamente.

La creación del Estado proletario no es en suma, un acto taumatúrgico: es también un hacerse, es un proceso de desarrollo. Presupone un trabajo preparatorio de sistemación y de propaganda. Es necesario dar mayor desarrollo y mayores poderes a las instituciones proletarias de fá-

brica ya existentes, hacer surgir algunas semejantes en las aldeas, lograr que los hombres que las compongan sean comunistas concientes de la misión revolucionaria que la institución debe asumir. De otra manera todo nuestro entusiasmo, toda la fe de las masas trabajadoras no logrará impedir que la revolución se traduzca míseramente en un nuevo Parlamento de intrigantes, de fatuos y de irresponsables, y que nuevos y espantosos sacrificios sean necesarios para el advenimiento del Estado de los proletarios.

(12 de Julio de 1919, "L'Ordine Nuovo")

EL PARTIDO Y LA REVOLUCION

El Partido socialista, con su red de secciones (que en los grandes centros industriales son, a su vez, el eje de un compacto y potente sistema de círculos de barrio), con sus federaciones provinciales, unificadas sólidamente por las corrientes de ideas y de actividad que irradian las secciones urbanas, con sus congresos anuales, que aplican la soberanía más alta del Partido, ejercida por la masa de los inscritos al través de delegaciones bien definidas y limitadas de poder, congresos convocados siempre para discutir y resolver problemas inmediatos y concretos, con su dirección, que emana directamente del congreso y constituye el comité permanente ejecutivo y de control, el Partido socialista constituye un aparato de democracia proletaria que, en la fantasía política puede fácilmente ser visto como "ejemplar".

El Partido socialista es un modelo de sociedad "libertaria", disciplinada voluntariamente, por medio de un acto explícito de conciencia; imaginar toda la sociedad humana como un colosal Partido socialista, con sus solicitudes de admisión, no puede dejar de suscitar el prejuicio contractual de muchos espíritus subversivos, educados más en Juan Jacobo Rousseau y en los folletos anarquistas, que en las doctrinas históricas y económicas del marxismo. La Constitución de la República rusa de los Soviet se funda sobre

principios idénticos a aquellos sobre los que se funda el Partido socialista; el gobierno de la soberanía popular rusa funciona en formas sugestivamente idénticas a las formas de gobierno del Partido socialista. No es para nada extraño que de estos motivos de analogías y de aspiraciones instintivas haya nacido el mito revolucionario, por medio del cual se concibe la instauración del poder proletario como una dictadura del sistema de secciones del Partido socialista.

Esta concepción es por lo menos tan utópica, como aquella que reconoce en los sindicatos y en las Cámaras del Trabajo, las formas del proceso de desarrollo revolucionario. La sociedad comunista puede ser concebida solo como una formación "natural" adherente al instrumento de producción y de intercambio; y la revolución puede ser concebida como el acto de reconocimiento histórico de la "naturaleza" de esta formación. El proceso revolucionario se identifica por tanto, solamente con un movimiento espontáneo de las masas trabajadoras, determinado por el choque de las contradicciones inherentes a la convivencia humana bajo un régimen de propiedad capitalista. Agarradas en la tenaza de los conflictos capitalistas, amenazadas de una condena sin apelación a la pérdida de los derechos civiles y espirituales, las masas se alejan de las formas de la democracia burguesa, salen de la legalidad de la constitución burguesa. Sin una reacción de la conciencia histórica de las masas populares que encuentran un nuevo marco, que aplican un nuevo orden en el proceso de producción y de distribución de la riqueza, la sociedad iría a su disolución, toda producción de riqueza útil se detendría y los hombres se precipitarían en un oscuro abismo de miseria, de barbarie y de muerte. Los organismos de lucha del proletariado son los "agentes" de este colosal movimiento de masas; el Partido socialista es indudablemente el máximo "agente" de este proceso de derrumbamiento y de nueva formación, pero no es y no puede ser concebido como la forma de este proceso, forma maleable y plasmable al arbitrio de los dirigentes. La socialdemocracia alemana (entendida en su conjunto de movimiento sindical y político)

ha aplicado la paradoja de constreñir violentamente el proceso de la revolución a las formas de su organización y creyó dominar la historia. Creó sus Consejos de autoridad, con la mayoría segura de sus hombres; trabó la revolución, la domesticó. Hoy ha perdido todo contacto con la realidad histórica, a no ser el contacto del puño de Noske * con la nuca del obrero, y el proceso revolucionario sigue su curso incontrolado, aun misterioso, que aflorará en desconocidos estallidos de violencia y de dolor.

El Partido socialista, con su acción intransigente en el dominio político provoca los mismos resultados que los sindicatos en el campo económico: pone fin a la libre competencia. El Partido socialista, con su programa revolucionario, sustrae al aparato del estado burgués la base democrática del consenso de los gobernados. Influye cada vez más a profundas masas populares y les asegura que el estado de disgusto en que se debaten no es una frivolidad, no es un malestar sin salida, sino que corresponde a una necesidad objetiva, es el momento ineluctable de un proceso dialéctico que debe desembocar en una laceración violenta, en una regeneración de la sociedad. He aquí que el Partido se viene identificando así con la conciencia histórica de las masas populares y gobierna el movimiento espontáneo, irresistible: este gobierno es incorpóreo, funciona al través de millones y millones de ligas espirituales, es una irradiación de prestigio, que solo en momentos culminantes puede convertirse en un gobierno efectivo: para un llamamiento a la calle, para el alineamiento corpóreo de fuerzas militantes, dispuestas a la lucha para alejar un peligro, para disolver una nube de violencia reaccionaria.

Una vez obtenido el resultado de paralizar el funcionamiento del gobierno legal de las masas populares, se inicia para el partido la fase de actividad más difícil y más delicada: la fase de actividad positiva. Las concepciones di-

* Gustavo Noske (1868-1946) socialista ya comprometido en 1914 con el intervencionismo alemán, fue ministro de guerra durante la república de Ebert. Su "puño de hierro" contra los comunistas llevó en 1919, entre otras cosas al asesinato de Rosa Luxemburg y de Liebknecht.

fundidas por el partido actúan autónomamente en las conciencias individuales y determinan configuraciones sociales nuevas, adherentes a estas concepciones, determinan organismos que funcionan por ley íntima, determinan aparatos embrionales de poder, en los que la masa actúa en su gobierno, en los que la masa adquiere conciencia de su responsabilidad histórica y de su misión precisa de crear las condiciones del comunismo regenerador. El partido, como formación compacta del militante de una idea da su influencia a este íntimo trabajar de nuevas estructuras, a esta laboriosidad de millones y millones de difusores sociales que preparan los rojos bancos coralíferos que un día no lejano, al salir a la superficie romperán los ímpetus de la borrasca oceánica, tranquilizarán otra vez las olas, fijarán nuevamente un equilibrio en las corrientes y en los climas; pero este influjo es orgánico, está en el circuito de las ideas, está en mantener intacto el aparato de gobierno espiritual, está en el hecho de que millones y millones de trabajadores, fundando las nuevas jerarquías, instituyendo los nuevos órdenes, saben que la conciencia histórica que los mueve tiene una encarnación viviente en el Partido socialista, está justificada por una doctrina, la doctrina del Partido socialista, tiene un potente baluarte, la fuerza política del Partido socialista.

El Partido sigue siendo la jerarquía superior de este movimiento irresistible de masas, el Partido ejercita la más eficaz de las dictaduras, esa que nace del prestigio, que es la aceptación conciente y espontánea de una autoridad que se reconoce como indispensable para el logro de la obra emprendida. Habrá grandes líos si debido a una concepción sectaria del papel del Partido en la revolución se pretende fijar en formas mecánicas de poder inmediato el aparato de gobierno de las masas en movimiento, se pretende constreñir el proceso revolucionario dentro de las formas del Partido; se logrará desviar una parte de los hombres, se logrará "dominar" la historia; pero el proceso revolucionario real escapará al control y a la influencia del

Partido, convertido inconcientemente en organismo de conservación.

La propaganda del Partido socialista insiste hoy en estas tesis irrefutables:

Las relaciones tradicionales de apropiación capitalista del producto del trabajo humano han cambiado radicalmente. Antes de la guerra, el trabajo italiano permitía, sin graves choques repentinos, la apropiación del 60 por ciento de la riqueza producida por el trabajo por parte de la exigua minoría capitalista y por parte del Estado, mientras que las decenas de millones de la población trabajadora debían contentarse con un escaso 40 por ciento para satisfacer las exigencias de la vida elemental y de la vida superior cultural. Hoy, después de la guerra, se verifica este fenómeno: la sociedad italiana produjo sólo la mitad de la riqueza que consume; el Estado adeuda sumas colosales al trabajo futuro; es decir, hace al trabajo italiano cada vez más esclavo de la plutocracia internacional. A los dos recaudadores de dividendos sobre la producción (los capitalistas y el Estado) se ha agregado un tercero, puramente parasitario: la pequeña burguesía de la casta militar-burocrática que se formó durante la guerra. Ella toma precisamente esa mitad de riqueza no producida que viene cargada a la cuenta del trabajo futuro; la toma directamente como sueldos y pensiones, la toma indirectamente por su función parasitaria; presupone la existencia de todo un aparato parasitario. Si la sociedad italiana produce sólo 15,000 millones de riqueza mientras consume 30,000, y estos 15,000 millones son producidos por ocho horas diarias de trabajo de las decenas de millones de trabajadores que reciben 6 ó 7 mil millones de salario, el presupuesto capitalista sólo puede ser equilibrado de una manera: obligando a la población trabajadora, a dar, por la misma cantidad de salario, una, dos, tres, cuatro, cinco horas de trabajo de más, de trabajo no pagado, de trabajo que va a enriquecer el capital, para que reconquiste su función de acumulación, que va al Estado para que pague sus deudas, para que consolide la situación económica de la pequeña burguesía pensionada y

la premie por los servicios prestados con las armas, al Estado y al capital, para que obligue a la población trabajadora a reventar encima de las máquinas y en los surcos de la tierra.

En esta situación general de las relaciones capitalistas, la lucha de clases no puede ser dirigida a otro objetivo que a la conquista del poder del Estado por parte de la clase obrera, para dirigir este inmenso poder contra los parásitos y obligarlos a regresar al orden del trabajo y abolir de un golpe la monstruosa porción de la riqueza que se llevan hoy. En esta tarea debe cooperar toda la clase trabajadora y toda la clase trabajadora debe asumir forma conciente según el orden que ella asume en el proceso de producción y de intercambio: de esta manera, cada obrero, cada campesino es llamado al Consejo a colaborar en el esfuerzo de regeneración, es llamado para constituir el aparato del gobierno industrial y de la dictadura: en el Consejo se encarna la forma actual de la lucha de clases tendiente al poder. Y se perfila así la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario: el Consejo, el sindicato, el Partido socialista. El Consejo, formación histórica de la sociedad, determinado por la necesidad de dominar el aparato de producción, formación nacida por la conciencia de sí conquistada por una parte de los productores. El sindicato y el Partido, asociaciones voluntarias, instrumentos de propulsión del proceso revolucionario, "agentes" y "gerentes" de la revolución; el sindicato que coordina las fuerzas productivas e imprime al aparato industrial la forma comunista; el Partido socialista, modelo viviente y dinámico de una convivencia social que une la disciplina a la libertad y hace rendir al espíritu humano toda la energía y el entusiasmo de que es capaz.

(27 de Diciembre de 1919, "L'Ordine Nuovo")

POR UNA RENOVACION DEL PARTIDO SOCIALISTA

I. La fisonomía de la lucha de clases se caracteriza en Italia, en el momento actual por el hecho de que los obreros industriales y agrícolas están incoerciblemente determinados, sobre todo el territorio nacional, a presentar de modo explícito y violento la cuestión de la propiedad sobre los medios de producción. El empeoramiento de las crisis nacionales e internacionales que aniquilan progresivamente el valor de la moneda demuestra que el capital está "in extremis"; el orden actual de producción y distribución no logra jamás satisfacer ni siquiera las exigencias elementales de la vida humana y sólo subsiste porque es defendido ferozmente por la fuerza armada del estado burgués; todos los movimientos del pueblo trabajador italiano tienden irresistiblemente a desatar una gigantesca revolución económica, que introduzca nuevos modos de producción, un nuevo orden en el proceso productivo y distributivo, que dé a la clase de los obreros industriales y agrícolas el poder de iniciativa en la producción, arrebatándolo de las manos de los capitalistas y de los propietarios de tierras.

II. Los industriales y los terratenientes realizaron la máxima concentración de la disciplina y de la potencia de clase; una consigna lanzada por la Confederación General de la Industria italiana encuentra inmediata aplicación en

cada fábrica. El estado burgués ha creado un cuerpo mercenario armado, predispuesto a funcionar como instrumento ejecutivo de la voluntad de esta nueva y fuerte organización de la clase propietaria que tiende, a través del terrorismo y del cierre aplicado en gran escala, a restaurar su poder sobre los medios de producción, obligando a los obreros y campesinos a dejarse expropiar una cantidad multiplicada de trabajo no pagado. El último cierre de los centros metalúrgicos de Turín ha sido un episodio de esta voluntad de los industriales de poner el talón sobre la nuca de la clase obrera, los industriales aprovecharon la falta de coordinación y de concentración revolucionaria de las fuerzas obreras italianas para intentar despedazar el destacamento del proletariado de Turín y aniquilar en la conciencia de los obreros el prestigio y la autoridad de las instituciones de fábrica (consejos y comisarios de departamento) que habían iniciado la lucha por el control obrero. El prolongarse de las huelgas agrícolas en Novara y en Lomellina demuestra cómo los propietarios de tierras están dispuestos a destruir la producción para reducir a la desesperación y al hambre al proletariado agrícola y encadenarlo implacablemente a las más duras y humillantes condiciones de trabajo y de existencia.

III. La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede: o a la conquista del poder político por parte del proletariado revolucionario para el pasaje a nuevos modos de producción y de distribución que permitan un reavivamiento de la productividad, o a una tremenda reacción por parte de la clase propietaria y de la casta gubernamental. Ninguna violencia será ahorrada para subyugar al proletariado industrial y agrícola a un trabajo servil; se buscará despedazar inexorablemente los organismos de lucha política de la clase obrera (partido socialista) e incorporar los organismos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) a los engranajes del estado burgués.

IV. A las fuerzas obreras y campesinas les hace falta coordinación y concentración revolucionaria porque los or-

ganismos directivos del partido socialista han revelado que no comprenden absolutamente nada de la fase de desarrollo por la que la historia nacional e internacional atraviesa en el período actual, y que no comprenden nada de la misión que incumbe a los organismos de lucha del proletariado revolucionario. El partido socialista asiste como espectador al desarrollo de los eventos, no tiene jamás una opinión propia que expresar, que esté en dependencia de las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional Comunista, no lanza consignas que puedan ser recogidas por las masas o que puedan dar una dirección general y unificar y concentrar la acción revolucionaria. El partido socialista, como organización política de la vanguardia de la clase obrera, debería desarrollar una acción de conjunto para poner a toda la clase obrera en grado de ganar la revolución y de ganarla de modo duradero. El partido socialista, estando constituido por esa parte de la clase obrera que no se ha dejado envilecer y aplastar por la opresión física y espiritual del sistema capitalista, sino que ha logrado salvar su propia autonomía y el espíritu de iniciativa conciente y disciplinada, debería encarnar la conciencia revolucionaria vigilante de toda la clase explotada. Su tarea es: centrar en sí la atención de toda la masa, obtener que sus directrices se conviertan en directrices de toda la masa, conquistar la confianza permanente de toda la masa para convertirse en guía y cabeza pensante. Por eso es necesario que el partido viva siempre sumergido en la realidad efectiva de la lucha de clases combatida por el proletariado industrial y agrícola, que sepa comprender las diversas fases, los diversos episodios, las múltiples manifestaciones, para extraer la unidad de la diversidad múltiple, para estar en condición de dar una directriz real al conjunto de los movimientos e infundir la persuasión en la multitud de que un orden está inmanente en el espantoso desorden actual, un orden que sistematizándose, regenerará a la sociedad de los hombres y brindará el instrumento de trabajo idóneo para satisfacer las exigencias de la vida elemental y del progreso civil. El par-

tido socialista ha seguido siendo, aun después del congreso de Bolonia, un mero partido parlamentario, que se mantiene inmóvil dentro de los estrechos límites de la democracia burguesa, que se preocupa sólo de las afirmaciones superficiales de la casta gubernamental; no ha conquistado una figura autónoma de partido característico del proletariado revolucionario, y únicamente del proletariado revolucionario.

V. Después del congreso de Bolonia los organismos centrales del partido deberían haber iniciado inmediatamente y desarrollado hasta el fondo, una acción enérgica para convertir en homogéneo y cohesionado al destacamento revolucionario del partido, para darle la fisonomía específica y distinta de partido comunista adherido a la Tercera Internacional. Ni siquiera fue iniciada la polémica con los reformistas y los oportunistas; ni la dirección del partido ni "Avanti" (órgano central), opusieron una propia concepción revolucionaria a la propaganda incesante que los reformistas y los oportunistas venían desarrollando en el parlamento y en los organismos sindicales. Nada se hizo por parte de los órganos centrales del partido para dar a las masas una educación política en sentido comunista; para inducir a las masas a eliminar a los reformistas y a los oportunistas de la dirección de las instituciones sindicales y cooperativas, para dar a las secciones y a los grupos de compañeros más activos una dirección y una táctica unificada. En esta forma sucedió que mientras la mayoría revolucionaria del partido no ha tenido expresión de su pensamiento y un ejecutor de su voluntad en la dirección y en el periódico, los elementos oportunistas en cambio, se han organizado fuertemente y han explotado el prestigio y la autoridad del partido para consolidar sus posiciones parlamentarias y sindicales. La dirección les permitió concentrarse y votar resoluciones contradictorias con los principios y la táctica de la Tercera Internacional y hostiles al rumbo del partido; la dirección ha dejado absoluta autonomía a organismos subordinados, para desarrollar acciones y difundir concepciones contrarias a los principios y a

la táctica de la Tercera Internacional; la dirección del partido ha estado ausente sistemáticamente de la vida y de la actividad de las secciones, de los organismos, de los compañeros en particular. La confusión que existía en el partido antes del congreso de Bolonia y que podía explicarse por el régimen de guerra, no desapareció sino que al contrario, creció de modo espantoso; es natural que en estas condiciones el partido haya decaído en la confianza de las masas y que en muchos lugares las tendencias marxistas hayan intentado tomar la iniciativa. El partido político de la clase obrera se justifica en su existencia sólo en cuanto que, concentrando y coordinando fuertemente la acción proletaria, opone un poder revolucionario de hecho al poder legal del estado burgués y limita la libertad de iniciativa y de maniobra de este último; si el partido no realiza la unidad y la simultaneidad de los esfuerzos, si el partido se revela como un mero organismo burocrático, sin alma y sin voluntad, la clase obrera instintivamente tiende a constituirse en otro partido y se desplaza hacia las tendencias anarquistas que precisamente y ásperamente critican el centralismo y el funcionarismo de los partidos políticos.

VI. El partido ha estado ausente del movimiento internacional. La lucha de clases va asumiendo en todos los países del mundo formas gigantescas; por donde quiera los proletarios son empujados a renovar los métodos de lucha; y a menudo, como en Alemania después del golpe de fuerza militarista, a levantarse con las armas en la mano. El partido no se preocupa por explicar al pueblo trabajador italiano estos acontecimientos, de justificarlos a la luz de la concepción de la Internacional Comunista, no se preocupa por desarrollar toda una acción educativa dirigida a hacer conciente al pueblo trabajador italiano de la verdad de que la revolución proletaria es un fenómeno mundial y que todo acontecimiento debe ser considerado y juzgado en un marco mundial. La Internacional Comunista se reunió ya dos veces en Europa occidental, en diciembre de 1919 en una ciudad alemana, y en febrero de 1920 en Amsterdam; el partido italiano no estuvo representa-

do en ninguna de las dos reuniones, los militantes del partido no fueron ni siquiera informados por los organismos centrales de las discusiones acaecidas y de las deliberaciones realizadas en las dos conferencias. En el campo de la Tercera Internacional hierven las polémicas sobre la doctrina y sobre la táctica de la Internacional Comunista: esas polémicas, como en Alemania, han conducido hasta escisiones internas. El partido italiano está completamente fuera de este borbollante debate de las ideas en el que se templan las conciencias revolucionarias y se construye la unidad espiritual y de acción de los proletarios de todos los países. El órgano central del partido no tiene corresponsales propios ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania y, ni siquiera en Suiza: extraña condición para el periódico del partido socialista que en Italia representa los intereses del proletariado internacional y extraña condición para la clase obrera italiana que debe informarse a través de las noticias de las agencias y de los periódicos burgueses, truncos y tendenciosos. El "Avanti" como órgano del partido, debería ser órgano de la Tercera Internacional. En "Avanti" deberían encontrar un lugar todas las noticias, las polémicas, las disertaciones de los problemas proletarios que interesan a la Tercera Internacional; en "Avanti" debería ser conducida con espíritu unitario una incesante polémica contra todas las desviaciones y los compromisos oportunistas; en cambio el "Avanti" resalta manifestaciones de pensamiento oportunista, como el reciente discurso parlamentario del diputado Treves que se basó en una concepción de las relaciones internacionales pequeño-burguesas y desarrolló una teoría contrarrevolucionaria y derrotista de las energías proletarias. Esta ausencia, en los órganos centrales, de toda preocupación por informar al proletariado sobre los acontecimientos y las discusiones teóricas que se desarrollan en el seno de la Tercera Internacional, puede ser observada también en la actividad de la librería-editorial.

La librería sigue publicando obritas sin importancia o escritos para difundir concepciones y opiniones de la Se-

gunda Internacional, mientras descuida las publicaciones de la Tercera Internacional. Escritos de compañeros rusos, indispensables para comprender la revolución bolchevique, han sido traducidos en Suiza, Inglaterra, Alemania, pero son todavía ignorados en Italia; valga como ejemplo por todos el libro de Lenin, "Estado y Revolución"; las obras traducidas además, son traducidas pésimamente, a menudo incomprensibles debido a tortuosidades gramaticales y del sentido común.

VII. Del análisis precedente se desprende ya cual debe ser la obra de renovación y de organización que nosotros juzgamos indispensable aplicar en las filas del Partido. El Partido debe adquirir una figura propia, precisa y diferente; de partido parlamentario pequeño burgués debe transformarse en el partido del proletariado revolucionario que lucha por el porvenir de la sociedad comunista a través del Estado obrero, un partido homogéneo, cohesionado, con su propia doctrina, su táctica, una disciplina rígida e implacable. Los revolucionarios no comunistas deben ser eliminados del Partido, y la dirección, liberada de la preocupación de conservar la unidad y el equilibrio entre las diversas tendencias y entre los diversos líderes, debe dirigir toda su energía para organizar las fuerzas obreras en pie de guerra. Todo acontecimiento de la vida proletaria nacional e internacional debe ser inmediatamente comentado en manifiestos y circulares de la dirección para extraer argumentos de propaganda comunista y de educación de las conciencias revolucionarias. La dirección, manteniéndose siempre en contacto con las secciones, debe convertirse en el centro motor de la acción proletaria en todas sus expresiones. Las secciones deben promover en todas las fábricas, en los sindicatos, en las cooperativas, en los cuarteles, la constitución de grupos comunistas que difundan incesantemente en el seno de las masas las concepciones y la táctica del Partido, que organicen la creación de Consejos de fábrica para el ejercicio del control sobre la producción industrial y agrícola, que desarrollen la propaganda necesaria para conquistar orgánicamente los sindicatos,

las Cámaras del Trabajo y la Confederación General del Trabajo, para convertirse en los elementos de confianza que la masa elegirá para la formación de los Soviets políticos y para el ejercicio de la dictadura proletaria. La existencia de un partido comunista cohesionado y fuertemente disciplinado, que a través de sus núcleos de fábrica, de sindicato, de cooperativa, coordine y concentre en su comité ejecutivo central toda la acción revolucionaria del proletariado, es la condición indispensable para intentar cualquier experimento de Soviets, estando ausente esta condición, cualquier propuesta de experimento debe ser rechazada como absurda y útil tan sólo a los difamadores de la idea soviética. Del mismo modo debe ser rechazada la proposición de un "parlamentito" socialista,* que se convertiría rápidamente en un instrumento en manos de la mayoría reformista y oportunista del grupo parlamentario para difundir utopías democráticos y proyectos contrarrevolucionarios.

VIII. La Dirección debe estudiar, redactar y difundir inmediatamente un programa de gobierno revolucionario del Partido Socialista, en el que se proyecten las soluciones reales que el proletariado, convertido en clase dominante, dará a todos los problemas esenciales —económicos, políticos, religiosos, educativos, etc.—, que preocupan a los diversos estratos de la población trabajadora italiana. Basándose en la concepción de que el Partido funda toda su potencia y su acción sólo sobre la clase de los obreros industriales y agrícolas que no tienen ninguna propiedad privada y considera a las otras capas del pueblo trabajador como auxiliares de la clase netamente proletaria, el partido debe lanzar un manifiesto en el que la conquista revolucionaria del poder político se exponga en modo explícito, en el que el proletariado industrial y agrícola sea invitado a prepararse y a armarse y en el que se mencionen los

* Había un plan para reunir en una asamblea a los diputados socialistas con los representantes de los órganos directivos del partido, de los sindicatos y de las cooperativas, para que formularan un conjunto de proposiciones legislativas de contenido social.

elementos de las soluciones comunistas para los problemas actuales: control proletario sobre la producción y la distribución, desarme de los cuerpos mercenarios armados, control de los municipios ejercitado por las organizaciones obreras.

IX. La sección socialista de Turín se propone, sobre la base de estas consideraciones, promover un entendimiento con grupos de compañeros que quieran organizarse en las demás secciones para discutirlas y aprobarlas; entendimiento organizado que prepare en breve término un congreso dedicado a discutir los problemas de táctica y organización proletaria y que mientras tanto controle la actividad de los organismos ejecutivos del Partido.

(8 de Mayo de 1920 "L'Ordine Nuovo")

EL PROGRAMA DE "L'ORDINE NUOVO"

I

Cuando, en el mes de abril de 1919, tres, cuatro o cinco personas (de cuyas deliberaciones y discusiones aún deben de existir, puesto que se redactaron y escribieron en limpio, las actas, sí, señores míos, nada menos que actas... ¡para la historia!) decidimos empezar la publicación de esta revista *L'Ordine Nuovo,* ninguno de nosotros (o tal vez ninguno...) pensaba en cambiar la faz del

mundo, renovar los cerebros y los corazones de las muchedumbres humanas, abrir un nuevo ciclo de la historia. Ninguno de nosotros (o tal vez ninguno, porque alguno hablaba fantasiosamente de tener 6 000 suscriptores en pocos meses) acariciaba ilusiones rosadas acerca del buen éxito de la empresa. ¿Quiénes éramos? ¿Qué representábamos? ¿De qué nuevo verbo éramos portadores? ¡Ay! El único sentimiento que nos unía en aquellas reuniones era el provocado por una vaga pasión, por una vaga cultura proletaria: queríamos hacer algo, algo, algo; nos sentíamos angustiados, sin orientación, sumidos en la ardiente vida de aquellos meses posteriores al armisticio, cuando parecía inminente el cataclismo de la sociedad italiana. ¡Ay! La única palabra nueva que realmente se pronunció en aquellas reuniones quedó sofocada. La dijo uno que era un técnico: "Hay que estudiar la organización de la fábrica como instrumento de producción; debemos dedicar toda la atención a los sistemas capitalistas de producción y de organización y debemos trabajar para que la atención de la clase obrera y la del partido se dirijan a ese objeto." Otro, que se preocupaba por la organización de los hombres, por la historia de los hombres y por la psicología de la clase obrera, dijo también: "Hay que estudiar lo que ocurre en el seno de las masas obreras. ¿Hay en Italia, como institución de la clase obrera, algo que pueda compararse con el soviet, que tenga algo de su naturaleza? ¿Algo que nos autorice a afirmar: el soviet es una forma universal, no es una institución rusa, exclusivamente rusa; el soviet es la forma en la cual, en cualquier lugar en que haya proletarios en lucha por conquistar la autonomía industrial, la clase obrera manifiesta esa voluntad de emanciparse; el soviet es la forma de autogobierno de las masas obreras; existe un germen, una veleidad, una tímida incoacción de gobierno de los soviets en Italia, en Turín?" Este otro, impresionado por una pregunta que le había dirigido a quemarropa un camarada polaco —"¿Por qué no se ha celebrado nunca en Italia un congreso con las comisiones internas de fábrica?"—, respondía en aquellas reuniones y a sus propias preguntas: "Sí, existe en Italia, en Turín, un germen de gobierno obrero, un germen de soviet; es la comisión interna; estudiemos esta institución obrera, hagamos una encuesta, estudiemos también la fábrica capitalista, pero no como organización de la producción material, porque para eso necesitaríamos una cultura especializada que no tenemos; estudiemos la fábrica capitalista como forma necesaria de la clase obrera, como organismo político, como 'territorio nacional del autogobierno obrero'." Esta era la palabra nueva; y fue precisamente rechazada por el camarada Tasca.

¿Qué quería decir el camarada Tasca? Quería que no se empezara ninguna propaganda directamente entre las masas obreras, quería un acuerdo con los secretarios de las federaciones y de los sindicatos, quería que se promoviera una asamblea con esos se-

cretarios y se construyera un plan de acción oficial; de este modo el grupo de *L'Ordine Nuovo* habría quedado reducido a la dimensión de una irresponsable camarilla de presuntuosas pulgas labradoras.* ¿Cuál fue, pues, el programa de los primeros números de *L'Ordine Nuovo*? Ninguna *idea* central, ninguna organización íntima del material literario publicado. ¿Qué entendía el camarada Tasca por "cultura", quiero decir, qué entendía concretamente, no abstractamente? He aquí lo que entendía por "cultura" el camarada Tasca: quería "recordar", no "pensar", y quería recordar cosas muertas, cosas desgastadas, la pacotilla del pensamiento obrero; quería dar a conocer a la clase obrera, "recordar a la buena clase obrera italiana, que es tan atrasada, tan ruda e inculta, recordarle que Louis Blanc ha tenido ideas acerca de la organización del trabajo y que esas ideas han producido experiencias reales; "recordar" que Eugenio Fournière ha redactado un cuidado ejercicio escolar para servir bien calentito (o completamente frío) un esquema de estado socialista; "recordar" con el espíritu de Michelet (o con el bueno de Luigi Molinari) la Comuna de París, sin oler siquiera que los comunistas rusos, siguiendo las indicaciones de Marx, enlazan el soviet, el sistema de los soviets, con la Comuna de París, sin oler siquiera que las observaciones de Marx acerca del carácter "industrial" de la Comuna ha servido a los comunistas rusos para comprender el soviet, para elaborar la *idea* del soviet, para trazar la línea de acción de su partido, una vez llegado a partido de gobierno. ¿Qué fue *L'Ordine Nuovo* durante sus primeros números? Fue una antología y nada más que una antología; una revista que igual habría podido nacer en Nápoles, Caltanisetta o Brindisi: una revista de cultura abstracta, de información abstracta, con cierta tendencia a publicar cuentitos horripilantes y xilografías bienintencionadas; eso fue *L'Ordine Nuovo* durante sus primeros números: un desorganismo, el producto de un intelectualismo mediocre que buscaba a fuerza de traspiés un puerto ideal y una vía de acción. Eso era *L'Ordine Nuovo* tal como se botó al agua a raíz de las reuniones que celebramos en abril de 1919, reuniones oportunamente registradas en acta y en las cuales el camarada Tasca rechazó, por no ser conformes a las buenas tradiciones de la morigerada y pacífica familia socialista italiana, la propuesta de consagrar nuestras energías a "descubrir" una tradición soviética en la clase obrera italiana, a sacar a la luz el filón del real espíritu revolucionario italiano; real porque era coincidente con el espíritu

* Por "pulgas labradoras" (expresión construida según el dicho del refranero: "aramos, dijo la pulga, e iba encima del asno") se traduce la frecuente frase gramsciana "mosche cocchiere", literalmente "moscas cocheras", presumiblemente inspirada en alguna tradición del tipo de la recogida en el refrán castellano, y acaso precisamente en la fábula de La Fontaine que habla de una mosca cochera (*Le Coche et la Mouche, Fables,* livre VII, nº IX). [E.]

universal de la Internacional obrera, porque era producido por una situación histórica real, porque era resultado de una elaboración de la clase obrera misma.

Togliatti y yo urdimos entonces un golpe de estado de redacción: el problema de las comisiones internas se planteó explícitamente en el número siete de la revista. Una tarde, pocos días antes de escribir el artículo, expuse al camarada Terracini la línea del mismo, y Terracini expresó su pleno acuerdo con la teoría y con la práctica resultante; el artículo, con el acuerdo de Terracini y con la colaboración de Togliatti, se publicó, y entonces ocurrió todo lo que habíamos previsto: Togliatti, Terracini y yo fuimos invitados a celebrar conversaciones en los círculos educativos, en las asambleas de fábrica, fuimos invitados por las comisiones internas a discutir en reducidos grupos de responsables y administradores de las comisiones. Seguimos adelante; el problema del desarrollo de la comisión interna se convirtió en central, se convirtió en *la idea* de *L'Ordine Nuovo;* se presentaba como problema fundamental de la revolución obrera, era el problema de la "libertad" proletaria. *L'Ordine Nuovo* se convirtió para nosotros y para cuantos nos seguían, en "el periódico de los consejos de fábrica"; los obreros quisieron a *L'Ordine Nuovo* (podemos afirmarlo con íntima satisfacción). ¿Por qué gustaron los obreros de *L'Ordine Nuovo*? Porque en los artículos del periódico encontraban una parte de sí mismos, su parte mejor; porque notaban que los artículos de *L'Ordine Nuovo* no eran frías arquitecturas intelectuales, sino que brotaban de nuestra discusión con los mejores obreros, elaboraban sentimientos, voluntades, pasiones reales de la clase obrera turinesa que habían sido exploradas y provocadas por nosotros, porque los artículos de *L'Ordine Nuovo* eran casi el "acta" de los acontecimientos reales vistos como momentos de un proceso de íntima liberación y expresión de la clase obrera. Por eso los obreros quisieron a *L'Ordine Nuovo,* y así se formó la *idea* de *L'Ordine Nuovo.* El camarada Tasca no colaboró en esa formación, en esa elaboración; *L'Ordine Nuovo* desarrolló su *idea sin su voluntad y al margen de su "aportación"* a la revolución. Y en eso veo la explicación de su actual actitud y el "tono" de su polémica; Tasca no ha trabajado esforzadamente para llegar a "su concepción", y no me asombra que esa concepción haya nacido tan torpemente, porque no la ama, ni que trate el tema con tanta grosería, ni que se haya puesto a actuar con tanta desconsideración y tanta falta de disciplina interior para volver a darle el carácter *oficial* que había sostenido y puesto en acta el año anterior.

II

En el número anterior he intentado determinar el origen de la

posición mental del camarada Tasca respecto del programa de *L'Ordine Nuovo*, programa que había ido organizándose, de acuerdo con la real experiencia que teníamos de las necesidades espirituales y prácticas de la clase obrera, en torno al problema central de los consejos de fábrica. Como el camarada Tasca no participaba de esa experiencia, y como era incluso hostil a que se realizara, el problema de los consejos de fábrica se le escapó completamente en sus reales términos históricos y en el desarrollo orgánico que, aun con algunas vacilaciones y errores comprensibles, había ido cobrando en el estudio que desarrollamos Togliatti, yo mismo y algunos otros camaradas que quisieron ayudarnos; para Tasca el problema de los consejos de fábrica fue problema sólo en su aspecto aritmético: fue el problema de cómo organizar inmediatamente *toda* la clase de los obreros y los campesinos italianos. En una de sus notas polémicas, Tasca dice que sitúa en un mismo plano el Partido Comunista, el sindicato y el consejo de fábrica; en otra, muestra no haber comprendido el significado del atributo "voluntario" que *L'Ordine Nuovo* aplica a las organizaciones de partido y de sindicato, pero no al consejo de fábrica, entendido como forma de asociación "histórica", de un tipo que hoy sólo puede compararse con el del estado burgués. Según la concepción desarrollada por *L'Ordine Nuovo* —la cual, precisamente para ser una concepción, se organizaba en torno a una idea, la idea de libertad (y concretamente, en el plano de la creación histórica actual, en torno a la hipótesis de una acción autónoma revolucionaria de la clase obrera)—, el consejo de fábrica es una institución de carácter "público", mientras que el partido y el sindicato son asociaciones de carácter "privado". En el consejo de fábrica el obrero interviene como productor, a consecuencia de su carácter universal, a consecuencia de su posición y de su función en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano interviene en el estado democrático-parlamentario. En cambio, en el partido y en el sindicato el obrero está "voluntariamente", firmando un compromiso escrito, firmando un "contrato" que puede romper en cualquier momento: por ese carácter de "voluntariedad", por ese carácter de "contractual", el partido y el sindicato no pueden confundirse en modo alguno con el consejo, institución representativa que no se desarrolla aritméticamente, sino morfológicamente, y que en sus formas superiores tiende a dar el perfil *proletario* del aparato de producción y cambio creado por el *capitalismo* con fines de beneficio. El desarrollo de las formas superiores de la organización de los consejos no se formulaba, por eso mismo, en *L'Ordine Nuovo* con la terminología política propia de las sociedades divididas en clases, sino con alusiones a la organización industrial. Según la interpretación desarrollada por *L'Ordine Nuovo*, el sistema de los consejos no puede expresarse con la palabra "federación" ni con otras de significación análoga, sino que sólo puede representarse trasladando a un centro

industrial entero el complejo de relaciones industriales que vincula en una fábrica un equipo de obreros con otros, una sección con otra. El ejemplo de Turín era para nosotros un ejemplo plástico, y por eso se dijo en un artículo que Turín era el taller histórico de la revolución comunista italiana. En una fábrica, los obreros son productores en cuanto colaboran ordenados de un modo exactamente determinado por la técnica industrial, el cual es (en cierto sentido) independiente del modo de apropiación de valores producidos. Todos los obreros de una fábrica de automóviles, sean metalúrgicos, albañiles, electricistas, carpinteros, etc., asumen el carácter y la función de productores en cuanto son igualmente necesarios e indispensables para la fabricación del automóvil, en cuanto que, ordenados industrialmente, constituyen un organismo históricamente necesario y absolutamente indesmembrable. Turín se ha desarrollado históricamente como ciudad de un modo que puede resumirse así: por trasladarse la capitalidad a Florencia y luego a Roma y por el hecho de que el estado italiano se ha constituido inicialmente como dilatación del estado piamontés, Turín se ha quedado sin la clase pequeñoburguesa cuyos elementos dieron el personal del nuevo aparato italiano. Pero el traslado de la capitalidad y ese empobrecimiento repentino de un elemento característico de las ciudades modernas no determinaron la decadencia de la ciudad; ésta, por el contrario, empezó a desarrollarse nuevamente, y el nuevo desarrollo ocurrió orgánicamente a medida que crecía la industria mecánica, el sistema de fábricas de la Fiat. Turín había dado al nuevo estado su clase de intelectuales pequeñoburgueses; el desarrollo de la economía capitalista, arruinando la pequeña industria y la artesanía de la nación italiana, hizo afluir a Turín una compacta masa proletaria que dio a la ciudad su figura actual, tal vez una de las más originales de toda Europa. La ciudad tomó y mantiene una configuración concentrada y organizada naturalmente alrededor de una industria que "gobierna" todo el movimiento urbano y regula sus salidas: Turín es la ciudad del *automóvil,* del mismo modo que la región de Vercelli es el organismo económico caracterizado por el *arroz,* el Cáucaso por el *petróleo,* Gales del Sur por el *carbón,* etc. E igual que en una *fábrica* los obreros cobran figura ordenándose para la producción de un determinado objeto que unifica y organiza a trabajadores de metal y de madera, albañiles, electricistas, etc., así también en la *ciudad* la clase proletaria recibe su figura por obra de la industria predominante, la cual ordena y gobierna por su existencia todo el complejo urbano. Y así también a escala nacional, un pueblo toma figura por obra de su exportación, de la aportación real que da a la vida económica del mundo.

El camarada Tasca, lector muy poco atento de *L'Ordine Nuovo,* no ha captado nada de ese desarrollo teórico, el cual, por lo demás, no era más que una traducción, para la realidad histórica

italiana, de las concepciones del camarada Lenin expuestas en algunos escritos que ha publicado *L'Ordine Nuovo* mismo, y de las concepciones del teórico americano de la asociación sindicalista revolucionaria de los I[ndustrial] W[orkers of the] W[orld], el marxista Daniel De León. En efecto: llegado a cierto punto, el camarada Tasca interpreta en un sentido meramente "comercial" y contable la representación de los complejos económicos de producción que se expresa con las palabras "arroz", "madera", "azufre", etc.; en otra ocasión se pregunta qué relaciones ha de haber entre los consejos; en otro ve en la concepción proudhoniana del taller destructor del gobierno el origen de la idea desarrollada en *L'Ordine Nuovo,* pese a que en el mismo número del 5 de junio en el que se imprimieron el artículo *El consejo de fábrica* y el comentario al congreso sindical, se reprodujo también un extracto del escrito sobre la Comuna de París, en el cual Marx alude explícitamente al carácter *industrial* de la sociedad comunista de los productores. En esa obra de Marx han encontrado De León y Lenin los motivos fundamentales de sus concepciones, y sobre esos elementos se habían preparado y elaborado los artículos de *L'Ordine Nuovo* que el camarada Tasca, repitámoslo, ha mostrado leer muy superficialmente, precisamente por lo que hace al número en el que se originó la polémica, y sin ninguna comprensión de la sustancia ideal e histórica.

No quiero repetir para los lectores de esta polémica todos los argumentos ya desarrollados para exponer la idea de la libertad obrera que se realiza inicialmente en el consejo de fábrica. He querido aludir sólo a algunos motivos fundamentales para demostrar cómo ha ignorado el camarada Tasca el proceso íntimo de desarrollo del programa de *L'Ordine Nuovo.* En un apéndice que seguirá a estos dos breves artículos analizaré algunos puntos de la exposición de Tasca, porque me parece oportuno aclararlos y demostrar su inconsistencia. Pero hay que aclarar en seguida un punto: a propósito del capital financiero, Tasca escribe que el capital "alza el vuelo", se separa de la producción y planea, etc. Toda esa confusión de alzar el vuelo y planear como... papel moneda no tiene relación alguna con el desarrollo de la teoría de los consejos de fábrica; lo que nosotros hemos observado es que la *persona* del capitalista se ha separado del mundo de la producción, no el capital, aunque éste sea financiero; hemos observado que la fábrica ha dejado de estar gobernada por la persona del propietario, para serlo por el banco a través de una burocracia industrial que tienden a desinteresarse de la producción del mismo modo que el funcionario estatal se desinteresa de la administración pública. Ese punto de partida nos sirvió para un análisis histórico de las nuevas relaciones jerárquicas que han ido estableciéndose en la fábrica, y para afirmar el cumplimiento de una de las condiciones históricas más importantes de la autonomía industrial de la clase obrera, cuya organización de fábri-

ca tiende a hacerse con el poder de iniciativa en la producción. Lo del "volar" y "planear" es una fantasía bastante desgraciada del camarada Tasca, el cual, aunque se refiere a una reseña suya del libro de Arturo Labriola sobre el capitalismo, publicada por el *Corriere Universitario,* con lo que intenta demostrar que se ha "ocupado" de la cuestión del capital financiero (y obsérvese que Labriola sostiene precisamente una tesis contraria a la de Hilferding, que ha sido al final la de los bolcheviques), muestra, en cambio, en los hechos que no ha comprendido absolutamente nada y que ha levantado un frágil castillo de cartas sobre un cimiento hecho de vagas reminiscencias y palabras vacías.

La polémica ha servido para demostrar que las críticas que dirigí al informe Tasca están muy fundadas: Tasca tenía una formación muy superficial sobre el problema de los consejos y una invencible manía de formular "su" concepción, de iniciar "su" acción, de abrir una nueva era para el movimiento sindical.

El comentario al congreso sindical y al hecho de la intervención del camarada Tasca para conseguir la aprobación de una moción de carácter ejecutivo se debió a la voluntad de mantener íntegramente el programa de la revista. Los consejos de fábrica tienen su ley en sí mismos, no pueden ni deben aceptar la legislación de los órganos sindicales, a los que precisamente tienen que renovar de modo fundamental, como finalidad inmediata. Del mismo modo, el movimiento de los consejos de fábrica quiere que las representaciones obreras sean emanación directa de las masas y estén vinculadas a éstas por un mandato imperativo. La intervención del camarada Tasca como ponente en un congreso obrero y cuya solución imperativa habría debido obligar a la masa misma, era algo tan contrario a la orientación ideal de *L'Ordine Nuovo* que la áspera forma de nuestro comentario estaba perfectamente justificada y era una obligación absoluta.

(*L'Ordine Nuovo,* 14 y 18 de agosto de 1920.)

La crisis constitucional en que se debate el Partido Socialista interesa a los comunistas en cuanto que es el reflejo de la crisis constitucional aun más profunda en que se debaten las grandes masas del pueblo italiano. Desde este punto de vista la crisis del partido socialista no puede y no debe ser considerada en forma aislada: forma parte de un cuadro más complejo, que abarca también al Partido Popular y al fascismo.

Políticamente las grandes masas no existen sino encuadradas en los partidos políticos: los cambios de opinión que se verifican en las masas bajo el empuje de las fuerzas económicas determinantes son interpretadas por los partidos, que se dividen primero en tendencias y después en una multiplicidad de nuevos partidos orgánicos: A través de este proceso de desarticulación, de neoasociación, de fusión entre los homogéneos, se revela un profundo proceso interior de descomposición de la sociedad democrática, hasta llegar a la alineación definitiva de las clases en lucha por la conservación o la conquista del poder de estado y del poder sobre el aparato de producción.

En el período entre el armisticio y la ocupación de las fábricas, el Partido Socialista representó a la mayoría del pueblo trabajador italiano, constituida por tres clases fundamentales: el proletariado, la pequeña burguesía, los campesinos pobres. De estas tres clases, sólo el proletariado era esencialmente y por tanto permanentemente revolucionario; las otras dos clases eran "ocasionalmente" revolucionarias, eran "socialistas de guerra", aceptaban la idea de la revolución en general, por los sentimientos de rebelión antigubernamental germinados durante la guerra. Ya que el Partido Socialista estaba constituido en su mayoría por elementos pequeñoburgueses y campesinos, hubiera podido hacer la revolución sólo en un primer tiempo después del armisticio, cuando los sentimientos de revuelta antigubernamental eran todavía activos y vivaces; por otro lado, estando el Partido Socialista constituido en su mayoría por pequeñoburgueses y campesinos (cuya mentalidad no es muy diversa de la de los pequeñoburgueses de ciudad), no podía ser más que oscilante, dubitativo, sin un programa nítido y preciso, sin rumbo, y sin especialmente una conciencia internacionalista.

La ocupación de las fábricas, esencialmente proletaria, tomó desprevenido al Partido Socialista que era sólo parcialmente proletario, que estaba ya en una crisis de conciencia en sus otras partes constituyentes, gracias a los primeros golpes del fascismo. El fin de la ocupación de las fábricas desordenó completamente al Partido Socialista; las creencias revolucionarias infantiles y sentimentales se derrumbaron completamente; los dolores de la guerra se habían atenuado en parte (¡no se hace una revolución con los recuerdos del pasado!); el gobierno burgués parecía todavía fuerte en la persona de Giolitti y en la actividad fascista; los jefes reformistas afirmaron que era una locura pensar en la revolución comunista en general; Serrati afirmó que era una locura pensar en la revolución comunista en Italia en ese período. Sólo la minoría del partido, formada por la parte más avanzada y culta del proletariado industrial, no cambió su punto de vista comunista e internacionalista, no se desmoralizó por los sucesos cotidianos, no se dejó ilusionar por las apariencias de robustez y de energía del estado burgués. Así nació el Partido Comunista, primera organización autónoma e independiente del proletariado industrial, de la sola clase popular esencial y permanentemente revolucionaria.

El Partido Comunista no se convirtió inmediatamente en partido de las grandes masas. Ello prueba una sola cosa: las condiciones de gran desmoralización y de gran abatimiento en que habían caído las masas en seguida del fracaso político de la ocupación de las fábricas. La fe se había apagado en un gran número de dirigentes; lo que antes había sido exaltado, era despreciado hoy; los sentimientos más íntimos y delicados de la conciencia prole-

taria eran torpemente aplastados por esa subalterna oficialidad dirigente, transformada en escéptica y corrupta en el arrepentimiento y en el remordimiento de su pasado de demagogia maximalista.

La masa popular, que inmediatamente después del armisticio se había formado alrededor del Partido Socialista, se desmembró, se licuó, se dispersó. La pequeña burguesía que había simpatizado con el socialismo, simpatizó con el fascismo; los campesinos, sin apoyo ya en el Partido Socialista, tuvieron más bien simpatía para el Partido Popular. Pero esta confusión de los antiguos efectivos del Partido Socialista con los fascistas por un lado y con los populares por el otro, no se quedó sin consecuencias.

El Partido Popular se acercó al Partido Socialista: en las elecciones parlamentarias, las listas abiertas populares, acogieron en todas las circunscripciones a centenares y millares de candidatos socialistas; en las elecciones municipales que se desarrollaron en algunas regiones rurales, por su parte, los socialistas, en lo que va de las elecciones políticas hasta hoy, generalmente no presentaron listas de minoría sino que aconsejaron a sus partidarios depositar sus votos por la lista popular; en Bérgamo el fenómeno tuvo una manifestación clamorosa: los populares extremistas se separaron de la organización blanca y se fundieron con los socialistas, fundando la cámara del trabajo y un semanario dirigido y escrito por socialistas y populares juntos. Objetivamente este proceso de acercamiento popular-socialista representa un progreso. La clase campesina se unifica, adquiere conciencia y noción de su solidaridad difusa, rompiendo el envoltorio de la cultura anticlerical pequeñoburguesa que hay en el campo socialista. Debido a esta tendencia de sus efectivos rurales, el Partido Socialista se separa cada vez más del proletariado industrial y por tanto parece que se va a romper la fuerte ligazón unitaria que el Partido Socialista parecía que había creado entre ciudad y campo; pero como esta ligazón en realidad no existía, no se desprende ningún daño efectivo de la nueva situación. En cambio se hace evidente una ventaja real: el Partido Popular sufre una inclinación muy fuerte a la izquierda y se convierte cada vez más en laico; acabará por separarse de su ala derecha, constituida por grandes y medianos propietarios de tierras, es decir, entrará decididamente en el campo de la lucha de clases, ocasionando un formidable debilitamiento del gobierno burgués.

El mismo fenómeno se perfila en el campo fascista. La pequeña burguesía urbana, reforzada políticamente por los tránsfugas del Partido Socialista, después de la guerra, había intentado hacer fructificar la capacidad de organización y de acción militar adquirida durante la guerra. La guerra italiana fue dirigida en ausencia de un estado mayor eficiente, por la oficialidad subalterna, es decir, por la pequeña burguesía. Las desilusiones sufridas en guerra habían desatado sentimientos muy fuertes de rebelión antiguberna-

mental en esta clase, la cual, perdida la unidad militar de sus cuadros después del armisticio, se desparramó en los diversos partidos de masas, llevando consigo fermentos de rebelión, pero también incertidumbre, oscilaciones, demagogia. Una vez derrumbada la fuerza del Partido Socialista después de la ocupación de las fábricas, esta clase, con rapidez fulminante y bajo el empuje del mismo estado mayor que la había explotado en la guerra, reconstruyó militarmente a sus cuadros, se organizó nacionalmente. Maduración rapidísima, crisis constitucional rapidísima. La pequeña burguesía urbana, juguete en manos del estado mayor y de las fuerzas más retrógradas del gobierno, se alió con los propietarios agrarios y rompió por cuenta de ellos la organización de los campesinos. El pacto de Roma entre fascistas y socialistas marca el alto a esta política ciega y políticamente desastrosa para la pequeña burguesía urbana, que comprendió que estaba vendiendo su "primogenitura" por un plato de lentejas. Si el fascismo continuaba con sus expediciones punitivas como las hechas en Trevi, Sarzana, Roccastrada, la población se hubiera levantado en masa, y en el caso de una derrota popular, ciertamente, los pequeñoburgueses no hubieran tomado el poder sino el estado mayor y los latifundistas. El fascismo se acerca nuevamente al socialismo, la pequeña burguesía intenta romper sus ligas con la gran propiedad de la tierra, busca tener un programa que acaba por parecerse extrañamente al de Turati y D'Aragona.

Esta es la situación actual de las masas populares italianas: una gran confusión que siguió a la unidad artificial creada por la guerra y personificada en el Partido Socialista, una gran confusión que encuentra puntos de polarización dialéctica en el Partido Comunista, organización independiente del proletariado industrial; en el Partido Popular, organización de los campesinos; en el fascismo, organización de la pequeña burguesía. El Partido Socialista, que desde el armisticio hasta la ocupación de las fábricas representó la confusión demagógica de estas tres clases del pueblo trabajador, es hoy el máximo exponente y la víctima más conspícua del proceso de desarticulación (hacia un nuevo, definitivo asentamiento) que las masas populares italianas sufren como consecuencia de la descomposición de la democracia.

(*L'Ordine Nuovo* —diario—, 25 de septiembre de 1921.)